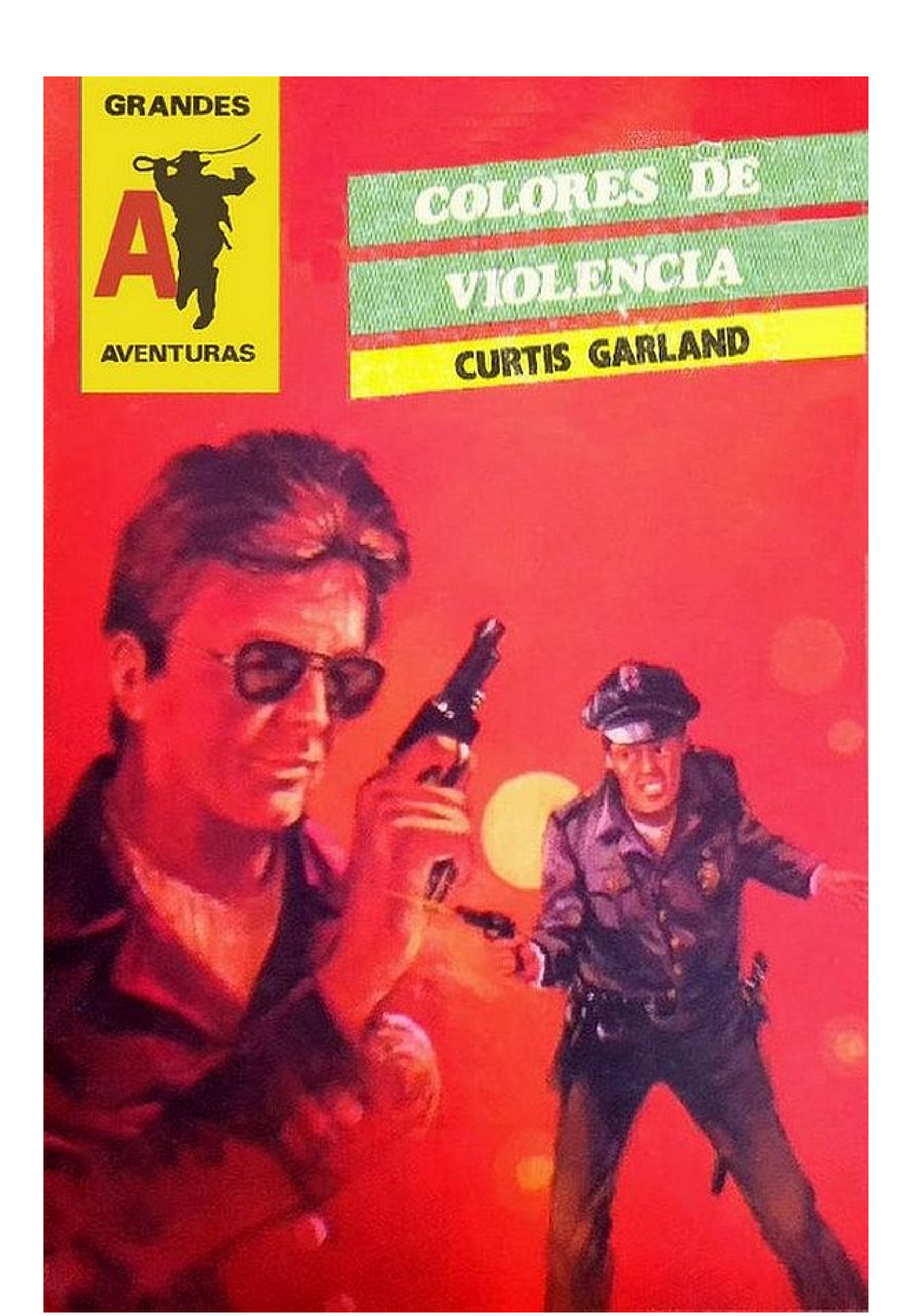

GRANDES
A
AVENTURAS
COLORES DE VIOLENCIA
CURTIS GARLAND

Barton Shapiro no podía hacer nada. Nadie podía hacerlo.

Los muchachos de cazadoras negras, con los emblemas de halcones llameantes en sus espaldas, estaban arrasando el supermercado de Bridge Road. Y Barton Shapiro, pese a ser el dueño de aquel pequeño supermercado, nada podía intentar siquiera para oponerse a los desmanes de la pandilla.

Botellas de licor, estanterías completas de latería, bolsas de patatas o cajas de galletas, eran derribadas, golpeadas, pisoteadas, maltratadas por las botas de los pandilleros implacablemente.



Curtis Garland

Colores de violencia

Bolsilibros - Indiana James - 53

ePub r1.0
LDS 04.06.18

Título original: *Colores de violencia*
Curtis Garland, 1989
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Barton Shapiro no podía hacer nada. Nadie podía hacerlo.

Los muchachos de cazadoras negras, con los emblemas de halcones llameantes en sus espaldas, estaban arrasando el supermercado de Bridge Road. Y Barton Shapiro, pese a ser el dueño de aquel pequeño supermercado, nada podía intentar siquiera para oponerse a los desmanes de la pandilla.

Botellas de licor, estanterías completas de latería, bolsas de patatas o cajas de galletas, eran derribadas, golpeadas, pisoteadas, maltratadas por las botas de los pandilleros implacablemente.

Aterrorizado, Barton Shapiro asistía a la debacle en compañía de su esposa, tan asustada e impotente como él. Los gritos y risas de sus asaltantes se mezclaban con blasfemias o insultos en español, que Shapiro entendía muy bien, por tener contacto frecuente con los hispanos de su barrio.

Cuando uno de los asaltantes se acercó a él, enarbolando una botella de licor, ambos se estremecieron, pensando que iban a ser golpeados. Pero el pandillero, un mozo joven de cabello negro azulado, largas patillas y cara cetrina, se quedó mirándoles con sus negros ojos, sonriendo desafiante, para decirles con tono áspero:

—Esto te ocurre por idiota, Shapiro. Nunca debiste denunciar a nuestro amigo por robarte unas fruslerías de nada. Estaba ebrio, de acuerdo. Pero no nos metíamos contigo nunca para nada. Ir a la policía fue una mala idea. Y un mal negocio para ti. Esperamos que en otra ocasión te guardes mucho de denunciar a un «Halcón», ¿está claro?

—Sí, sí, pero por el amor de Dios, dejadme en paz el establecimiento —suplicó Shapiro con tono angustiado—. Ya habéis hecho bastantes destrozos… No volveré a ir jamás a la policía, lo

juro.

—Eso está bien. Nosotros evitaremos que otro de nuestros muchachos se aproveche de tu tienda estando borracho. Pero además, cometiste otro error: confiar en esos tipos de piel negra.

—¿Te refieres a los «Warriors»? —El tono de Barton Shapiro era cada vez más apurado—. No pude hacer nada… Me ofrecieron protección. Y les pagué. Si no lo hacía, prometieron incendiarme el local…

—Y si lo haces, te lo incendiaremos nosotros la próxima vez —amenazó el pandillero. Luego, alzó la botella. Los Shapiro cerraron los ojos, temiendo lo peor. Pero el joven hispano se limitó a estrellarla en la caja registradora, haciéndola añicos. Los números electrónicos saltaron alocadamente en la pantalla. Después de eso, el joven se alejó, amenazando—: Palabra de Máximo Spano que la próxima vez será peor. ¡Eh, chicos, nos vamos! Dejad ya eso, el amigo Shapiro ya ha aprendido la lección… Eso espero, al menos…

Tras derribar algunas cosas más, los pandilleros, en número de una veintena, fueron reuniéndose en la salida, en torno a su líder, dirigiendo burlonas miradas a los Shapiro, que se abrazaban amedrentados el uno al otro. Luego, salieron a la calle dando tal portazo a la vidriera, que ésta tembló, como si estuviera a punto de desintegrarse.

—Dios mío, Barton, Dios mío… —gimió la señora Shapiro desolada contemplando los destrozos del establecimiento—. ¿Quién va a resarcirnos de esto ahora? No podrás cobrar el seguro, si no denuncias previamente los hechos…

—Mujer, no hables siquiera de denuncias, ya oíste a Spano —atajó su marido bruscamente—. ¿Quieres que la próxima vez nos quemen el negocio con nosotros dentro?

—Pero Barton, ¿es que vamos a estar siempre en manos de esas pandillas, sean de hispanos, de negros o de lo que sea? —se lamentó ella tristemente.

—Por desgracia, así es. Estamos en el Bronx, querida. Aquí no es la verdadera Ley la que impera. Me pregunto, incluso, si existe esa Ley en alguna parte de esta maldita ciudad… Tenemos que aceptar las normas del más fuerte, nos gusten o no.

—Pero si te enfrentas con los «Warriors», esos negros también destrozarán la tienda…

—Habrá que contemporizar con los dos bandos… Y esperar a ver si algún día se destrozan entre ellos mismos. No nos queda otro remedio. Ahora, vamos, cariño, intentemos recoger y limpiar esto, antes de que cualquier patrullero se presente con molestas preguntas a las que no podemos responder…

* * *

Las navajas, los bates de béisbol y las cadenas sonaron en la noche: chasquidos de resorte automático para las hojas de acero, batir de madera maciza, entrechocar de eslabones de hierro. Y golpes. Muchos golpes.

Luego, gritos, gemidos, alaridos de rabia o de dolor. Cuerpos sudorosos hacinados en feroz pelea en el túnel, en una auténtica batalla a muerte. Caras negras o latinas, cuerpos bronceados o de ébano, entrechocando en un enfrentamiento brutal, mientras las botas chirriaban en el húmedo asfalto de la noche o las luces de las farolas de alumbrado arrancaban reflejos en las cazadoras de cuero. Unas iban decoradas con halcones llameantes; otras, con siluetas de negros guerreros medievales.

Todo el mundo en el Bronx conocía esos distintivos: eran los «Black Warriors» y los «Halcones». La pandilla de los jóvenes negros del barrio, contra los jóvenes hispanos del mismo Bronx. Las bandas rivales, enemigas a muerte por el dominio de las calles, del barrio entero.

La lucha prosiguió varios minutos, hasta sonar en la distancia el ulular de las sirenas de la policía. Se produjo entonces la desbandada entre los combatientes. Cuando los coches-patrullas invadieron la zona entre parpadeos rojos y azules de sus luces ya no quedaba un solo luchador en el túnel.

Pero alguien gemía penosamente dentro de él. Los agentes uniformados penetraron, enarbolando sus linternas, aunque también sus revólveres reglamentarios, por lo que pudiera ocurrir.

Hallaron al muchacho reclinado contra una de las mojadas paredes del túnel urbano. No podía moverse. Tenía una pierna rota a golpes de bate. Y la cabeza sangraba en abundancia entre sus negros cabellos lacios, grasientos. La luz de varias linternas policiales se derramó sobre el rostro del caído. Era un hispano de unos dieciocho años de edad, de facciones anchas, labios carnosos y

grandes ojos oscuros. Tenía también un profundo corte en la mejilla, producido con el filo de una navaja. Uno de los agentes examinó su herida de la cabeza. Meneó la cabeza con aire preocupado.

—Cielos —murmuró—. Le han roto el cráneo. Está muy grave. Debió ser un golpe con las cadenas… Llamad una ambulancia de inmediato. Pero no creo que se pueda hacer mucho por él.

—Yo le conozco —dijo otro policía—. Es José Cifuentes, un portorriqueño que Vive en Castle Hill. Esto ha debido ser obra de los «Warriors», los pandilleros negros…

Le hicieron preguntas al herido mientras esperaban la ambulancia. Él se negó sistemáticamente a responderlas, con leves movimientos de su ensangrentada cabeza. Tenía la mirada vidriosa y se le notaba cada vez más débil. Aun así, repitió varias veces:

—No diré nada… No diré nada… Mis compañeros me vengarán…

Cuando la ambulancia se lo llevó a través de las calles desiertas, emitiendo su sirena prolongada de urgencia, los agentes se miraron entre sí, inquietos.

—Esto tiene un feo aspecto —comentó un sargento entre dientes —. Si ese chico muere, los «Halcones» querrán vengarlo. Y la guerra de bandas será peor que nunca en este barrio…

—Cielos, ¿pero es que nadie puede hacer nada por evitar este estado de cosas? —se quejó un joven policía con gesto irritado.

Su superior le miró con compasiva indiferencia, encogiéndose de hombros.

—Muchacho, yo dije lo mismo que tú cuando llegué a este barrio —se lamentó—. Y todo sigue igual o peor ocho años después. Nuestras leyes pueden ser buenas o no, el sistema puede funcionar o no, pero es evidente que para ciertas cosas, no sirve absolutamente para nada una cosa ni otra. Ellos también tienen sus derechos, ¿sabes? Y si les detienes, debes soltarles a todos a las pocas horas e incluso se permiten burlarse de ti cara a cara y fanfarronear contra la policía. Así están aquí las cosas, nos guste o no. Y no esperes ayuda alguna de arriba. Hasta el momento, todo ha fracasado ante la violencia callejera, tanto en Nueva York como en los Ángeles o en Chicago. Supongo que es el lado malo de la democracia, como dijo cierto periodista.

Se retiraron paulatinamente los coches-patrulla, dejando el lugar desierto, aunque sembrado de gotas de sangre e incluso de objetos contundentes abandonados por los guerreros urbanos.

* * *

José Cifuentes ha muerto en el hospital. Fractura de cráneo con daños irreversibles en la masa encefálica. Eso dijeron los médicos al emitir el parte de su fallecimiento.

—Pobre muchacho… Tenía sólo dieciocho años. Esto puede convertir el Bronx en un auténtico volcán.

—¿Y qué? Mejor para nosotros, mi querido Rosenblatt. Si esa guerra estalla con toda su virulencia, la policía tendrá demasiados quebraderos de cabeza con ella como para preocuparse de nosotros.

—¿No aumentará la vigilancia policial en el barrio? —dudó Sheldon Rosenblatt, sirviéndose unos cubitos de hielo en su alto vaso de *whisky bourbon*.

—Sin duda —rió su interlocutor—. Pero sólo para vigilar o controlar a las dos bandas callejeras, los «Black Warriors» y los «Halcones». Necesitarán un pequeño ejército para semejante labor. Y nosotros podremos actuar con más impunidad que nunca.

Dicho esto, Enrico Reno paseó por la suntuosa estancia, sin que sus pequeños pies apenas produjeran ruido en la espesa alfombra, para depositar su menudo cuerpo rechoncho en un sillón, con un suspiro de alivio y complacencia. Una vez allí, acarició el muslo de seda de la mujer rubia sentada indolente en un brazo del mueble. Su mano velluda, de dedos cortos y gruesos, llegó hasta las bragas de encajes de la rubia, que siguió como ajena a tales caricias, contemplando la panorámica urbana desde la gran vidriera asomada a Manhattan.

—Entonces, según tú, nos conviene ese estado de cosas… —argumentó Rosenblatt, no pudiendo evitar una ojeada de envidia a las piernas de la amante de su jefe.

—Claro que nos conviene. Y mucho. Tanto, que haremos todo lo posible por azuzar a ambas bandas entre sí cuanto podamos. He pensado algo, ¿sabes? Tal vez los «Halcones» se lo piensen un poco antes de tomar represalias contra esos negros que liquidaron a su compañero. Yo seré más expeditivo que ellos. Conozco los nombres de algunos de los pandilleros de los «Warriors». Y tengo a un tipo

que, vestido con cazadora, y de noche, puede pasar por un joven pandillero hispano…

—¿Qué planeas? —se alarmó Rosenblatt.

—Algo simple —la mano de Reno soltó los muslos de su querida, mientras reía entre dientes, para subir a manosear sus grandes pechos marcados por el raso de su blusa—. Esta misma noche, un presunto «Halcón» liquidará en una calle del Bronx a Samuel Robson, un negrito de los «Warriors» que suele volver solo a su casa en Pelham, una vez terminadas las correrías nocturnas con sus camaradas…

—Dios mío, ¿un asesinato? —Se inquietó su compinche.

—A veces usas términos algo desagradables, mi querido amigo —protestó Reno, indolente—. Será un acto más de violencia callejera en ese distrito, algo que sucede cada noche, a fin de cuentas… Y eso desatará la guerra de inmediato. Las dos bandas se lanzarán a la lucha abierta, sin cuartel, con represalias constantes. Y nosotros, mientras, a distribuir la droga en toda la zona sin cuidado alguno. ¿No es un plan perfecto?

—No sé… No me gustaría tener por enemigos a esos pandilleros, Enrico.

—¿Y quién va a tenerlos por enemigos? Sólo el vecindario y la policía. Nosotros, limpiamente, llevaremos a cabo el negocio sin problemas. Invadiremos de droga toda la zona sin que nadie se moleste en controlar nuestras actividades. Para ello, por supuesto, será preciso que nuestra organización procure mantener en todo momento activa la lucha de esos mozalbetes. En cuanto se advierta cualquier descenso en su beligerancia, procuraremos dar otro golpe que reactive la guerra callejera.

—Sigo pensando que es un juego peligroso, Reno.

—Todo juego en que se gana mucho dinero lo es —rió suavemente el hombrecillo del sillón—. Ahora llama a Renzo Di Bianco. Quiero que lo prepare todo para esta noche. Yo me ocuparé, entre tanto, de contactar con Nathan Lo Duca para la entrega de mañana en el Bronx. Ese barrio va a ser uno de nuestros grandes negocios, no te quepa duda.

—Puede ser —admitió Rosenblatt, meneando la cabeza con cierto escepticismo, mientras saboreaba su *bourbon* y dirigía una ojeada distraída al periódico del día. De pronto dio un leve respingo

en su asiento—. Eh, mira esto, Enrico…

—¿Qué pasa ahora, amigo?

—Otro suceso: también en el Bronx. Anoche encontraron muerta a una prostituta… Degollada en Boston Road, tras unos setos… La habían violado previamente de un modo brutal.

—Oh, sí, eso… Es otro de los problemas de ese barrio —bostezó Reno acariciando los senos de su amante, que le sonrió melosa, sin dejar de contemplar la ciudad a través del ventanal—. El sádico de las noches… Ya lleva cuatro chicas muertas. Cinco, con esa que acabas de leer tú. Todas igual: violadas y degolladas. Es evidente que allí tienen de todo. Y todo demasiado serio para que la policía se preocupe de nuestro negocio, Rosenblatt. De modo que puedes estar tranquilo por ese lado… Después de todo, la policía no es más que algo inútil montado por el sistema para hacer creer que se respetan las leyes en este país… Y que el contribuyente se sienta satisfecho del destino dado a sus impuestos.

Y subrayó su cínico aserto con una larga, burlona risita.

CAPÍTULO II

—Esto no puede seguir así, capitán Russo. En modo alguno se puede permitir que las cosas continúen en el barrio de esta manera.

Victor Russo, capitán de policía de la comisaria del sur del Bronx, dirigió una fría mirada a su interlocutor, tratando de dominarse lo mejor posible. El hombre de abrigo cruzado que tenía ante sí, bien peinado, elegante, cuidando extremadamente su imagen, parecía tan ajeno a aquella agitada comisaría como un marciano en medio de un palacio vienés.

El propio capitán Russo era un hombre alto, de buena apostura, pero vestido con un traje demasiado arrugado, la camisa desabrochada en el cuello, el nudo de la corbata flojo, el gesto cansado y la barba aún sin afeitar. Tenía sobre su mesa los periódicos de la mañana. Y un evidente malhumor impreso en su rostro ojeroso.

—Mire, comisionado Riggs —habló con tono tenso, contenido—. Esta comisaría está haciendo lo que puede para evitar que las cosas sean peores. No tenemos culpa alguna de que cuando se arresta a uno o varios de esos pandilleros, aparezcan aquí sus abogados como un enjambre de langosta, arrasándolo todo con demandas apremiantes de libertad, exigencias de pruebas, etc., y luego si los llevamos ante el juez, éste se limite a imponerles una multa y dejarlos libres sin cargos.

—Capitán, basta echar una ojeada a cualquier periódico del día para ver que algo no funciona en el Bronx —se irritó el comisionado Elton Riggs—. Ayer, el asesinato de un joven hispano, José Cifuentes; hoy, el de un joven negro de los «Warriors», Samuel Robson, cuando iba solo camino de su casa. Le aplastaron la cabeza a golpes con un bate de béisbol, según la autopsia, ¿no? Eso

significa la represalia de los «Halcones». Y el inicio de la guerra urbana sin remedio… Pero por si ello fuera poco, aparece muerta la quinta prostituta en tres meses, violada y degollada, como todas las demás.

—Mire, comisionado, lo que no funciona es el Bronx todo. Hemos hecho de él una cloaca, como de tantos otros lugares de este país: marginados, drogadictos, parados, indeseables, razas despreciadas o discriminadas, gente sin escuelas ni ocupación, padres alcohólicos, madres prostitutas, niños en la calle desde temprana edad… Todo eso es un hervidero que por fuerza culmina en un volcán en erupción. Toda la policía de esta ciudad sería inútil frente a ese azote constante.

—¿Qué está sugiriendo? ¿Un golpe de Estado que cambie las cosas en este país?

—No voy tan lejos. Sólo pido más preocupación social, menos marginación, leyes más severas con ciertos delitos, más apoyo para la policía, más protección al ciudadano, comisionado, y menos discursos grandilocuentes políticos, menos apariciones triunfalistas en televisión, menos presumir todos de que estamos en una gran nación, próspera y feliz, para tratar de ver con más realismo los problemas de esa misma nación que consideramos perfecta.

—Capitán, yo soy un comisionado de esta ciudad, no Papá Noel ni el Mago Merlín —resopló Riggs, dejándose caer en una silla de la oficina del capitán, mostrando por vez primera cierta fatiga y desaliento en su rostro—. He hablado hoy de todo esto con el alcalde. Está furioso. Pero es realista, o al menos procura serlo. Los presupuestos no dan para mucho más. Y usted sabe, como yo, que no es cosa de reclutar miles de nuevos policías, porque eso tampoco resolvería nada. Lo que conviene atacar es la raíz del problema. Y para eso, quizás bastarían unos pocos hombres, dos o tres a lo sumo.

—¿Dos o tres hombres… para resolver los problemas del Bronx? —Se horrorizó el capitán Russo—. Comisionado, ¿se encuentra bien?

—Ya sé, ya sé lo que va a decirme: que deliro. Yo también lo pensé cuando habló así el alcalde. Pero luego, comprendí que tiene cierta razón. Su idea es buena, aunque no sea la panacea de todos los males, evidentemente. Ha pensado en un grupo, en una nueva

brigada policial, adscrita a esta comisaria, bajo su mando directo, capitán.

—¿Una nueva brigada? —Russo frunció el ceño, perplejo—. No entiendo…

—Tres personas de élite. Tres policías de primera fila, tres superagentes para decirlo en términos de «cómic» o de telefilme popular. Elegidos cuidadosamente, entre los más capacitados. Personas de experiencia, de fuerza, de imaginación, de tanta astucia como capacidad de lucha. Tan capaces de pensar como de obrar… Y sin los frenos que imponen ciertos reglamentos y normas.

—¿Me está sugiriendo una organización parapolicial, un grupo fascista?

—No, no es eso. Todo legal. Pero más duro, menos tolerante con el delito. Que no se arrugue ante la posibilidad de quebrantar determinados límites hasta ahora no rebasados por agente alguno. Siempre dentro de un orden, atendiendo a una solución efectiva de los problemas. Y con sus responsabilidades naturales para que no se extralimiten.

—Es un juego difícil. Un arma de dos filos, comisionado. Podríamos crear un pequeño monstruo que acabaría devorándonos.

—Es posible. Pero debemos intentarlo. Los elegidos habrán de ser íntegros, honestos a carta cabal, capaces de actuar con energía y contundencia, pero sin rebasar los límites de lo razonable, aun dentro de esa acción represiva.

—¿Y el alcalde ha pensado ya en los idóneos para semejante labor?

—Solamente en dos. Uno procede de una comisaria de Harlem. El otro… es de su propia comisaria, capitán.

—¿Mío? —se asombró Russo—. ¿En quién ha pensado?

—En el teniente Gordon Ward.

—¡Ward! Pero ese hombre es todo lo contrario de lo que busca el alcalde: conciliador, amigo del diálogo, razonable, íntegro, respetuoso con las normas…

—Ya lo sabemos. Será la antítesis del otro miembro elegido por el alcalde: el teniente Dean Harris, de Harlem. Un joven duro, violento de métodos, decidido, vigoroso, enérgico, amigo de la acción directa, enemigo implacable de delincuentes, pandilleros y toda clase de adversarios de la sociedad.

—¡Menuda pareja se ha buscado! Ward y ese muchacho podrían acabar a tiros entre sí fácilmente…

—No lo crea. Ambos tienen un gran factor común: la disciplina. Son disciplinados, íntegros, de una honradez a carta cabal. Unidos, pueden formar un tándem tan peligroso como eficaz frente a la delincuencia y a las bandas callejeras.

—Pero usted habló de tres miembros del grupo…

—El otro debe ser algo así como la conexión, el eslabón entre ambos extremos: una persona todo inteligencia, tacto, a medias entre los métodos enérgicos y los conciliadores, capaz de persuadir tanto a uno como a otro de lo que conviene según el caso.

—Pues va a ser el elemento más difícil de encontrar…

—Lo está siendo. Hemos puesto en funcionamiento los ordenadores de la central, tras suministrarle los datos adecuados. Quedaron en informarme en cuanto den con la persona adecuada y…

El teléfono de la mesa sonó insistente. Russo se disculpó, tomándolo. Luego se lo tendió al comisionado.

—Es para usted, Riggs —dijo—. De la central.

El comisionado tomó el aparato. Habló brevemente por él. Sus ojos se iluminaron. Luego colgó, mirando fijamente a su interlocutor.

—Bien, capitán —dijo—. Tenemos al fin a nuestro tercer agente del grupo. Ya se puede decir que el SUB está en vías de formación.

—¿El SUB?

—Sí: Special Urban Brigade. Acaba de seleccionar la computadora el nombre del tercer miembro idóneo para esa Brigada Urbana Especial, capitán Russo.

—Ya. ¿Y puedo saber quién es ese hombre? —se interesó el oficial de policía.

—Claro —sonrió el comisionado—. Pero no es un hombre. Es una mujer. Se llama Melanie Fisher y es sargento de policía en la comisaría del Bowery…

* * *

Melanie Fisher, de la comisaría de Bowery, tendió la mano a sus dos compañeros, a la vez que los estudiaba con atención. Se encontraba ante un hombre de unos cuarenta o cuarenta y dos años,

de pronunciadas entradas en el cabello, facciones serias y ojos penetrantes, con aspecto de haberse curtido en mil peripecias bajo aquel uniforme azul que lucía. El otro, en contraste, era joven, de cabello abundante, corto, de tono castaño claro, facciones duras, casi agresivas, mentón cuadrado, gesto sombrío y ojos escondidos tras unas oscuras gafas de sol.

—Hola, compañeros —dijo Melanie con cierta jovialidad—. Me alegra conocerles. Soy la sargento Fisher. Estoy a sus órdenes, teniente Ward, teniente Harris.

—Bienvenida al grupo, sargento —sonrió a medias el teniente Gordon Ward, de la comisaría sur del Bronx—. Si es que se debe o se puede dar la bienvenida a cualquiera que aterrice en este distrito…

—Espero que la cosa no sea tan mala —trató de bromear Melanie, que se sentía observada por los ojos del teniente Harris tras aquellas negras gafas solares.

—Puede ser peor aún —suspiró el teniente Ward—. Esto es un infierno. Lo ha sido siempre, pero ahora lo es más aún, con esas bandas aterrorizando las calles, matándose entre sí… y por añadidura con un sádico violador y asesino suelto por el barrio.

—¿Tenemos que ocuparnos nosotros tres de todo eso?

—No —terció el teniente Harris con una voz seca, cortante como el filo de una navaja—. Sólo de las bandas callejeras. De los «colores» violentos, como se llaman aquí a hispanos y negros, especialmente a los agrupados bajo los nombres de «Halcones» y «Warriors». El teniente Ward ha estado ilustrándome sobre todo eso. La verdad, no parece ser un problema fácil, sargento.

—Si lo fuera, no nos habrían citado aquí a los tres —dijo la joven policía encogiéndose de hombros—. ¿Alguna experiencia en Harlem, teniente Harris?

—Varias. Estaban pensando trasladarme por ser demasiado duro con los pandilleros negros del barrio, cuando recibí esta llamada.

—¿Racista?

—No, no. Mi compañero de patrulla en Harlem era de color. Nos llevábamos muy bien. Muchos tenderos y comerciantes del barrio son amigos míos. También los negros temen allí a ciertos otros negros. Aquí supongo que ocurre igual con los hispanos.

—Más o menos —asintió Ward—. Muchos chicanos,

portorriqueños o colombianos han sido víctimas de sus propios compatriotas. No es cuestión de raza, sino de marginación. Claro que ambos grupos son marginados incluso a nivel nacional, pero en el Bronx eso se nota más. Ellos se defienden a su manera de la marginación. Pero todo tiene un límite. Nadie puede circular de noche sin temor a ser víctima de esos jóvenes bárbaros, muchos de ellos consumidores de marihuana, de ácido o de coca, cuando no de alcohol. Los establecimientos deben pagar canon de «protección» a los pandilleros. Hasta los chulos y prostitutas viven amedrentados. En eso es en lo único que el barrio ha salido ganando con la presencia de las bandas.

—Pero no compensa de que honrados ciudadanos y comerciantes honestos sufran la plaga en sus carnes —cortó Harris con su habitual sequedad.

—No, claro que no. Además, las cosas han llegado a un punto difícil: ha habido dos homicidios, uno en cada bando. Se acusan mutuamente de lo que ocurre. Y se han declarado la guerra. Todas las patrullas de la ciudad no bastarían para impedir el choque en cualquier momento.

—Y nosotros tres tenemos que evitarlo —sonrió irónica Melanie Fisher—. Los tres mosqueteros del Bronx.

—Es un nombre llamativo —sonrió Ward—. Pero ya tenemos nombre común, sargento: Brigada Urbana Especial. Sólo los tres. Espero que sea usted tan buena como dicen las computadoras… y sus compañeros del Bowery.

—Yo también lo espero de ustedes, teniente —rió ella—. Después de todo, la vida de cada uno de nosotros dependerá en gran parte de los otros dos…

—Así es —afirmó Ward gravemente—. Hemos de trabajar unidos. Ponernos de acuerdo en todo antes de obrar. Ser disciplinados y fuertes. Yo soy quien conoce mejor el barrio, pero eso no va a servirnos de mucho. Ustedes lo conocerán también enseguida. Lo primero que tenemos que hacer, una vez de acuerdo todos, no va ser fácil.

—Ningún principio lo es. ¿Qué es lo que haremos, teniente?

—Dialogar con ambos bandos. Y tratar de convencerles de que una guerra entre ellos es tan inútil como costosa. Además, que no vamos a tolerarla.

—Se reirán en nuestras barbas —fue el seco comentario de Harris.

—Tal vez. —Ward miró ceñudo a su nuevo y joven compañero —. Pero lo haremos como digo, porque es inevitable dar ese paso previo. Luego… obraremos según obren ellos, ¿de acuerdo?

—Por mí, está bien —aceptó Melanie Fisher.

—Me han dicho que es usted dialogante y conciliador, teniente —dijo Dean Harris mirando a su compañero—. ¿Va a actuar de ese modo con esos pandilleros?

—Inicialmente, sí. Dialogante, pero firme —asintió Gordon Ward—. Luego, si no se avienen a razones, la iniciativa pasará a usted, teniente Harris, ¿conforme?

—Conforme —admitió él encogiéndose de hombros—. Personalmente, creo que no va a servirnos de nada, pero como ha dicho, usted conoce mejor su barrio, Ward. Y además, es el más veterano del grupo. Si debe existir disciplina, que sea en eso también. Le aceptaré como superior en ciertas cosas. Pero no en todas, que conste.

—Claro —aceptó Ward calmoso—. Lo comprendo muy bien. Además, ambos tenemos la misma graduación, aunque yo casi le doble en años, Harris. Eso no quiere decir nada en nuestro caso. Ni tampoco que usted sea una subordinada, sargento Fisher —dijo volviéndose a Melanie—. Aquí vamos a formar un grupo unido, una camaradería por igual. No dude en exponer sus criterios o en objetar alguna orden. Esta Brigada va a ser algo especial, al margen de los reglamentos, ténganlo todos en cuenta. Y ahora, vamos. He de dar los pasos necesarios para preparar el encuentro con los jefes de ambas pandillas.

—¿Cuándo va a ser eso? —preguntó Melanie.

—Esta misma noche.

* * *

El patrullero de servicio de la zona se detuvo ante el restaurante de Elmer Ironside. Ya lo había hecho antes en el supermercado de Barton Shapiro sin resultado alguno; el comerciante no quería denunciar a nadie por destrozos habidos en su tienda.

La noche antes, los negros pandilleros de los «Warriors» habían entrado a saco en el restaurante Latino de Ironside, volcando mesas

y sillas, atemorizando a los clientes y apoderándose de postres y de viandas en la cocina del local, mientras amenazaban con los cuchillos de cocina al personal. Eso lo sabía bien Alan Conklin, el agente de servicio, gracias a informes de vecinos del lugar, pero ahora estaba seguro de que Elmer Ironside no iba a colaborar gran cosa con la Ley. Y así fue.

—Lo siento, agente —fue la respuesta del dueño del restaurante al policía—. No he formulado denuncia alguna de nada, de modo que no sé a qué viene aquí.

—Vamos, Elmer, todo el mundo lo sabe en el barrio. Anoche, al menos sufrió daños por valor de dos mil dólares en su negocio. Y el seguro no va a pagarle, como tampoco lo ha hecho en el supermercado de Shapiro, porque usted no ha formulado la correspondiente denuncia oficial.

—No existe denuncia que hacer contra nadie. Puede irse, Conklin.

—Como quiera —suspiró el agente, guardando su agenda en el bolsillo superior de su guerrera azul—. Pero está cometiendo un grave error. Los pandilleros de Frank Boccardo están arrasando la zona, como hacen los de Máximo Spano en el otro lado de este sector. ¿Es que nadie va a mover aquí un dedo contra esa chusma?

—¿Para qué, agente? —Se irritó Ironside—. ¿Para que luego vengan aquí y lo arrasen todo o amenacen de muerte a mí y a mi mujer? ¿Dónde estarán ustedes cuando eso suceda? ¿Quién protege nuestras vidas y nuestro negocio llegado el momento?

—La Ley está para protegerles…

—¡La Ley! ¡No me haga reír, Conklin! Usted sabe bien para qué sirve la Ley en estos casos. No parece sino que haya sido hecha para proteger a toda la mala ralea de este país, perjudicando siempre a los mismos: la gente honrada, los trabajadores, las personas de bien. Lárguese, por favor, y olvídese de mí. No necesito a la policía para nada.

—Como quiera. —Conklin meneó la cabeza con desaliento—. Pero todos siguen cometiendo un error gravísimo permitiendo que esos rufianes les amedrenten. Así, nunca se podrá limpiar el barrio de jóvenes salvajes capaces de arrasarlo todo a placer.

—Pues eso dígaselo al alcalde, a las autoridades, a los jueces —gritó Ironside cuando el agente Conklin abandonaba el restaurante

—. A ver si entre todos hacen algo para que este mundo en que vivimos deje de ser una maldita basura.

Y cerró de un portazo tras del policía, que se alejó cachazudamente por la calle bamboleando levemente su fornida figura uniformada de azul.

Capítulo III

La noche era ligeramente lluviosa y bastante fría. Los agentes patrullaban las calles enfundados en sus oscuros impermeables. La luz de las farolas callejeras era blanquecina, en medio de una leve bruma procedente del río. Las vías urbanas del Bronx aparecían desiertas. Incluso las prostitutas y sus chulos brillaban por su ausencia en las calles que más solían frecuentar, aunque a éstos no eran las bandas juveniles las que les asustaban, sino la presencia de un sádico degollador de mujeres.

Los tres policías caminaban con firmeza por la acera de la larga calle, en dirección a los depósitos del gas, tras las altas tapias vecinas a un edificio en construcción; era el lugar elegido para una reunión con los jefes de las dos bandas del Bronx sur.

Pronto descubrieron la presencia de vigilantes negros por un lado, armados de cadenas, mientras otros hispanos provistos de bates de béisbol patrullaban por otras zonas de la calle.

La tregua era sólo por una hora, el tiempo fijado para reunirse con los tres policías, tras una serie de apremiantes gestiones llevadas personalmente por el teniente Ward en las calles del conflictivo distrito.

Cuando llegaban ante los grandes depósitos del gas, una media docena de negros surgió de una escalerilla lateral, junto a un muro desconchado. El lugar olía a basuras y a cloacas. La iluminación era escasa. Un tren elevado pasó cerca, haciendo temblar ligeramente el asfalto y los vidrios de algunas viejas viviendas.

—No se muevan de ahí, polizontes —avisó un negro robusto, armado con una barra de hierro. Lucía una ancha franja de colores rodeando su frente y rizosos cabellos. En su chaqueta de cuero, como en las de sus compañeros, lucía el negro bordado de un

guerrero antiguo con coraza y piel negra. Era uno de los «Black Warriors».

Se pararon los tres en seco. La lluvia relucía en sus impermeables. Bajo la visera de sus gorras, los rostros se mantenían impenetrables. Algunas gotas de lluvia se habían detenido en los negros, espejeantes vidrios de las gafas de Dean Harris, despidiendo destellos.

—El jefe está esperando —siguió el negro tras una pausa—. Ese bastardo de Spano aún no ha llegado, pero sus esbirros andan por ahí, de modo que no tardará. Recuerden que son sólo quince minutos de entrevista. Y una hora de tregua. Luego, todo volverá a ser como era.

—De acuerdo, amigo —asintió Ward—. Sabemos las condiciones del pacto.

Esperaron allí. Sonó un silbido bajo los metálicos depósitos del gas urbano. Salió otro negro que hizo una señal a los que retenían al trío de policías. Ninguno de éstos hizo movimiento alguno, pese a que llevaban sus revólveres reglamentarios bajo el impermeable.

—Ya pueden seguir —dijo el negro de la barra de hierro—. Frank Boccardo les espera.

Avanzaron hasta detenerse en un amplio solar, bajo los grandes depósitos del gas. Del entramado metálico que servía de soporte a éstos, surgió un negro joven, alto, poderoso de físico, ataviado con una cazadora de piel de serpiente, en la que lucía también el bordado de los «Guerreros Negros». Se detuvo ante los agentes. Una luz distante reflejóse en su rostro, de facciones abultadas. Lucía un pañuelo de vivos colores al cuello. Un cigarro maloliente colgaba de sus gruesos labios. Melanie lo identificó enseguida por el aroma: marihuana.

—Y bien, polizontes —habló con voz ronca el cabecilla negro—. Ya están aquí. ¿Qué esperan conseguir con esto?

—Antes esperaremos a que llegue el otro, ¿no? —sugirió Ward.

—Oh, sí, ese hijo de zorra de Máximo Spano… —asintió el negro —. Me va a costar trabajo no hundirle el cráneo de una vez por todas.

—Recuerda que es una tregua —terció seco el teniente Harris.

Boccardo miró agresivo al que hablaba. Su mirada chocó con los ocultos ojos del joven policía bajo las negras gafas. Parecieron

medirse ambos en silencio. Boccardo se relajó.

—Cierto —exhibió una dentadura enorme, blanquísima, entre el bulto violáceo de sus grandes labios—. Una tregua, polizonte. No lo olvidaré. Espero que él tampoco…

Sonaron pisadas tras ellos. Y dos silbidos prolongados. Boccardo se puso rígido.

—Ya están ahí —silabeó con el tono de quien habla de un reptil o de una cucaracha—. Sólo falta fumar la pipa de la paz, ¿verdad? —completó con una risita sardónica.

—Ojalá fuera tan sencillo —fue el breve comentario de Ward, volviéndose hacia el que llegaba en esos momentos.

La delgada figura zanquilarga de Máximo Spano, el joven chicano que dirigía a los temibles «Halcones», se recortaba nítida contra el aura blancuzca de una farola próxima, situada cerca de los depósitos de gas. Tras él, las siluetas de unos cinco o seis hispanos más, todos armados de objetos contundentes, al igual que los negros «Warriors» de Boccardo, formaban una amenazadora línea de protección, lista para cualquier contingencia. No era difícil imaginar que a una simple señal, otros muchos pandilleros surgirían por doquier, por lo que el ambiente de beligerancia se mantenía latente, pese a la convocatoria de aquella tregua tan quebradiza y frágil como un vidrio delicado en manos de un niño.

—Buenas noches —saludó en español Spano—. Siento llegar tarde. Pero tenía que comprobar que esto no era una emboscada de la policía… o de vosotros, Boccardo.

—Vete al infierno —gruñó el negro—. Estamos en tregua, ¿no?

—Yo no me fío de nadie —alardeó el chicano secamente. Luego, sus negros ojos se fijaron, recelosos, en los tres policías—. Bueno, ¿vosotros sois los nuevos en esto?

—Así es, Spano —asintió Ward—. Venimos para dialogar.

—No me lo contéis a mí. Ellos asesinaron a Cifuentes hace dos noches.

—Y tú anoche a nuestro camarada Samuel Robson —acusó acremente Boccardo.

—¡Nosotros no hemos tocado aún a ninguno de vuestros malolientes negratas «caras de betún»! —aulló Spano furioso—. ¡Pero lo haremos en breve!

—¡Mientes! —rugió Boccardo—. ¡Hiciste asesinar a Robson en

venganza por una muerte accidental en una pelea leal, cara a cara, piojoso latino muerto de hambre!

Los dos cabecillas se enfrentaron a punto de llegar a las manos. Sus respectivas escoltas alzaron sus objetos contundentes, prestos a la pelea. Ward, rápido, alzó los brazos, lanzando una imprecación con voz poderosa:

—¡Quietos todos! ¡No hagáis tonterías! —clamó—. ¡Estamos en una tregua, recordad! ¡Las manos quietas los dos!

Harris se había interpuesto al mismo tiempo entre los dos líderes juveniles con cara de pocos amigos. Miró a uno y otro, entreabriendo significativamente su impermeable. Melanie temió por un instante lo peor. Pero los ánimos se calmaron paulatinamente. El negro y el hispano respiraron hondo, resoplando como dos perros furiosos. Y acabaron cediendo. Cada uno dio un paso atrás, aunque con evidente mala gana.

—Está bien —aceptó Spano—. Os escuchamos, polizonte. ¿Qué viniste a contarnos?

—Muy pocas palabras —dijo Ward—. El Departamento está hasta el gorro de vosotros y de vuestros métodos. Tenéis una oportunidad ahora de ser buenos chicos, de cooperar a que todo marche bien en el distrito y que la gente de paz no se vea avasallada por unos o por otros. Al primero que se desmande, le meteremos mano sin contemplaciones. Y si mantenéis vuestra guerra particular, los dos bandos vais a sufrir las consecuencias de la misma, pero también las nuestras. He preferido avisaros antes. Este barrio tiene ya sobrados problemas para que vosotros vengáis ahora con vuestra contienda personal.

—¿Es que esperáis asustarnos? —se mofó Boccardo—. Yo no pienso dejar que los mestizos latinos se hagan los amos del barrio.

—Y yo que los monos estos bajados de los árboles sean dueños de la calle —replicó airado Spano, enfrentándose de nuevo ambos líderes con cara de pocos amigos.

—¡He dicho que calma! —rugió Ward—. Y nada de insultos por ahora. Cuando esta tregua termine, haced lo que queráis. Pero pensad que es más importante impedir que un asesino ande suelto por ahí, matando mujeres indefensas, o que la droga circule libremente por el Bronx como si fuese azúcar o
Coca-Cola.

—Bueno, esas furcias son todas blancas, ¿no? —rió Boccardo—. No es asunto nuestro.

—Ni nuestro —añadió Spano—. El asesino será algún sajón bien blanco, protestante y respetable, con todos los derechos del mundo a su favor. Cogedle vosotros.

—Está bien, lo cogeremos. Es nuestra obligación. Pero estamos aquí para evitar que corra más sangre. No soy hombre violento. Prefiero arreglar las cosas por las buenas, pero si no atendéis a razones, tendremos que apelar a la línea dura. Y no me gustaría.

—Vaya, los polizontes se ablandan —rió Spano. Fijó sus ojos en Melanie—. ¿Qué veo? Incluso usáis mujeres ahora para estos trabajos… Y mujeres bonitas, atractivas…

Se acercó a ella. La acarició la mejilla. Melanie dio un paso atrás. El chicano rió burlón, llevando luego una mano a los senos de la mujer policía, bajo el impermeable.

—Buenas tetas, preciosa —ponderó—. ¿Quieres acostarte conmigo un ratito?

Antes de que Melanie pudiera decir o hacer algo, Dean Harris actuó. De su pasivo aire contemplativo, pasó en décimas de segundo a convertirse en un huracán. Su puño izquierdo se disparó seco, demoledor como un cartucho de dinamita. Se hincó en el hígado de Spano, lanzándole atrás, doblado, sin aliento. Luego desenfundó su revólver, que amartilló, fijo en el hispano, mientras este tosía, recuperándose.

Los pandilleros que formaban la escolta de Spano se movieron hacia ellos amenazadores. Rápido, Harris giró sobre sí mismo, apuntó hacia ellos e hizo dos disparos.

El arma reglamentaria retumbó sordamente en la húmeda noche. Dos balas perforaron la llovizna, silbando junto a las cabezas de los hispanos, que se pararon en seco. El negro Boccardo se movió en ese momento, haciendo un gesto a sus camaradas. Ward se apresuró a desenfundar también el arma, encañonándoles.

—¡Quietos allí! —avisó con voz tajante—. Nada de maniobras equívocas, muchachos, o también dispararé yo.

—Eh, amigo, ¿no era una tregua? —farfulló el negro—. Tu amigo disparó su arma…

—Y ese piojoso le tocó el pecho a una mujer policía —replicó Harris incisivo rechinando los dientes—. No toleraremos bromas ni

burlas, quede eso claro. Dialogar, sí. Razonar, también. Pero hacer el primo, no. No es nuestro juego, ya estáis avisados.

—Calma, calma, polizonte —le trató de apaciguar Boccardo—. Tienes genio, ¿eh? Tengamos la fiesta en paz. Y tú, Spano, las manos quietas. Ordena a tu gente que se esté quieta, o tendré que hacer causa común con estos polizontes, y no me gustaría. Pide perdón a la señorita policía.

—¡Vete a la mierda, negro! —replicó Spano airado—. ¡Yo nunca pido perdón a nadie!

—Haces mal, chico —terció ahora con extraña calma la propia Melanie, hablando por vez primera desde que fuera manoseada. Avanzó hacia Spano sin sacar siquiera su arma, con paso tranquilo. Se quedó mirándole con fijeza—. ¿No pides perdón a una dama?

—¡No! ¡Que te follen, so zorra! —rezongó el hispano.

Melanie ni se inmutó. Pero sus brazos actuaron con rara eficacia y prontitud. Uno de ellos rodeó la cintura de Spano. El otro se adelantó, aferrando su mano diestra el brazo del pandillero. Se lo dobló totalmente a la espalda, haciéndole girar violentamente. Sonó un chasquido de huesos. Spano aulló agudamente. La mujer policía le retuvo así un momento. Luego, le lanzó con otra llave contra una tapia, donde se golpeó.

Furioso, trató de lanzarse sobre ella, recuperadas sus energías. Se encontró con un pie de Melanie que, disparado veloz, le alcanzó en el mentón, lanzándole por los aires nuevamente, hasta aterrizar en el barro.

Los pandilleros de Spano intentaron intervenir. Ward y Harris les encañonaron.

—Quietos ahí —silabeó el joven oficial—. ¿Es que no creéis capaz a vuestro gran líder de enfrentarse a una indefensa mujer? ¿Los «Halcones» necesitáis ayuda de otros para vencer a una simple mujer?

Eso frenó a los esbirros de Spano, que se miraron, indecisos. Boccardo se echó a reír a mandíbula batiente.

—Eso estuvo bien, chica —elogió a Melanie—. Me gusta tu estilo. Te confieso que también me gustaría tocarte las tetas, pero sabré contener la tentación. El tiempo de tregua se acaba. Y hasta ahora, sólo Spano ha liado las cosas.

—Peor para él —dijo Ward tranquilo—. ¿Qué decidís ambos?

—Yo sólo pido justicia para Robson. Fue un asesinato premeditado, cuando estaba solo y no podía defenderse —insistió el negro.

—¡Y yo insisto en que no le tocamos! —gritó Spano con gesto de dolor, levantándose del barro y haciendo señas a sus camaradas de que no intervinieran—. Claro que queremos vengar lo de Cifuentes, pero todavía no habíamos decidido cómo hacerlo… Juro por Dios que no sabemos nada de lo de Robson.

—Ojalá fuese así —suspiró Ward—. Pero tú, Boccardo, no negarás lo de Cifuentes…

—No niego nada. Fue un accidente. También nosotros tuvimos heridos. Y él tuvo la desgracia de recibir una herida demasiado grave, eso es todo…

—Si no jugarais a las guerras con todos esos bates, cadenas y navajas, no pasaría esto —reprochó Harris secamente—. Olvidad rencillas, parece que de momento, sea culpable uno o no lo sea, estáis empatados a daños, ¿no? Pues estudiad una forma de convivencia pacífica en las calles. Y, sobre todo, dejad en paz restaurantes, supermercados, negocios, viviendas y vecinos decentes. Al primer desmán, intervendremos. Y no va a gustaros.

—Oye, parece que nos amenazas. Y sólo sois tres… —avisó el negro Boccardo, altanero—. ¿No crees que os estáis pasando y que no es para tanto? No vamos a temblar por tus palabras, polizonte.

Las mandíbulas de Harris chirriaron al encajarse. Ward le miró algo inquieto. El joven oficial parecía una impasible máscara provista de gafas de sol.

—Pues yo os aconsejaría que empezarais a temblar —avisó fríamente—. Porque luego puede ser tarde para todos. Pensadlo bien: os hemos advertido. Ahora depende de vosotros.

Los tres policías dieron media vuelta, empezando a alejarse de allí sin prisas. Boccardo les miró, furioso. Spano juró en español entre dientes, tocándose el hígado y el mentón con gesto dolorido. Ambos se miraron luego, recelosos, hostiles.

—No sé, no me gustan esos tres —dijo el latino—. Son pocos, pero no me gustan, aunque no sepa la razón. Ese tipo joven es tan frío que sería capaz de cortar el cuello cualquiera y quedarse tan tranquilo.

—Pienso igual que tú —aceptó Boccardo de mala gana—. ¿Nos

reunimos mañana noche en el sótano de McIntosh a charlar las dos bandas amigablemente, Spano?

—No es mala idea. ¿A las ocho?

—A las ocho en punto estaremos allí. Y nada de jugarretas, chicano.

—Nada de jugarretas, trozo de cabrón —rió huecamente Spano.

Los dos grupos se retiraron lentamente, en silencio, dirigiéndose miradas aviesas. El coche patrulla de los tres policías se alejó bajo la fina llovizna fría, en la noche de Chicago.

* * *

—No me gusta esto, Reno —dijo Nathan Lo Duca recogiendo el maletín en el garaje de aquel edificio, tras una recelosa mirada alrededor—. Vuelve a haber mucho policía patrullando las calles en busca de droga. Los pandilleros están tranquilos desde hace casi una semana. Ni una pelea, ni una baja por ningún bando, ni tan siquiera el ataque a un establecimiento. Parecen haber firmado una tregua. Y eso no nos conviene en absoluto.

—Lo sé —refunfuñó Enrico Reno de mal humor—. Lo había preparado todo de modo que fuese completamente distinto, Nathan. Pero algo ha sucedido. La policía ha logrado convencerles de que no se desmanden, si no, no tiene explicación.

—Haría falta algo gordo para volver a liar las cosas y que la policía se ocupara exclusivamente de esas pandillas. Si no, corre peligro nuestro negocio.

—No te preocupes. Se hará. Esta misma noche.

Nathan Lo Duca miró a su interlocutor, pensativo, guardando el maletín en el portaequipajes de su coche.

—¿Qué quieres decir con eso? —indagó.

—No, nada. Cosas mías —rió entre dientes Reno.

Horas después, se reunía con un grupo de jóvenes ataviados como si fuesen pandilleros del Bronx, en una oficina de Manhattan. Los disfraces eran perfectos. Dos de los jóvenes eran negros. Los otros dos, latinos.

—Bueno, espero algo grande de vosotros esta noche —les habló Reno—. Es preciso lanzar a esas pandillas a la lucha nuevamente. Supongo que sabéis cómo hacerlo…

—Es cosa fácil, patrón —sonrió uno de los negros.

—Pues entonces, manos a la obra. Ah, procurad atacar a los dos grupos por igual. Si es preciso matar a alguno de sus miembros, hacedlo. Y dejad huellas que inculpen al otro grupo sin lugar a dudas.

—Así se hará.

—Otra cosa: que uno de vosotros, sea del grupo que sea, ataque cualquier negocio de la zona. Destrozad cosas, asustad a la gente. Quiero que la policía no piense en otra cosa que en las bandas callejeras, ¿está claro?

—Desde luego. Deje eso en nuestras manos —prometió uno de los hispanos con sonrisa de astucia—. Mañana, los «Warriors» y los «Halcones» volverán a ser enemigos encarnizados, sin cuartel posible, patrón…

—Exacto. Eso es, precisamente, lo que deseo —afirmó Reno complacido—. Seréis bien recompensados por ello…

* * *

Amanda Kelley abandonó el restaurante nocturno donde prestaba sus servicios. Era tarde aquella noche, a causa de un exceso de clientela a última hora, pero estaba habituada a ello en aquel trabajo. Gajes del oficio, como decía su patrón.

Echó a andar calle abajo, en dirección a West Farms, bordeando las altas verjas del zoológico del Bronx. La noche era más húmeda que fría, aunque no llovía. Poco antes habían regado las calles, que se mostraban charoladas, con abundantes charcos reflejando la luz de las farolas callejeras. Del interior del zoo llegó el eco del rugido de alguna fiera inquieta. Eso logró poner algo nerviosa a Amanda Kelly que, contagiada acaso por la inquietud del animal, dirigió una mirada en torno, como si se diera cuenta justo en ese momento de la soledad de las calles a esas horas de la noche.

Recordó vagamente haber leído algo en los periódicos sobre mujeres asesinadas en el distrito, pero siempre se había tratado de prostitutas en el ejercicio de su carrera. A pesar de todo, Amanda Kelly siguió sintiéndose preocupada, sin saber la razón.

Aceleró el paso, aunque le faltaba bastante aún para la esquina donde paraba su autobús nocturno. Sus tacones resonaron huecamente en el silencio de la noche. Creyó captar a sus espaldas otro ruido, un taconeo más apagado, menos rotundo.

Giró la cabeza, reduciendo su marcha. No vio nada ni a nadie. Bien era cierto que una tenue neblina procedente del río se cernía sobre el Bronx, difuminando los contornos más allá de las farolas de alumbrado público, pero se imaginó que, de todos modos, eran cosas de su imaginación y nada más.

Siguió andando, pegada siempre a la cerca del zoológico, sintiendo palpitar su corazón en el pecho con creciente intensidad. Lamentó no haber esperado a otros compañeros de trabajo para hacer juntos el recorrido. Pero ya era tarde para eso. Si se volvía atrás, perdería el autobús y tendría que esperar más tiempo para poder llegar a casa y acostarse.

De pronto, el ruido a su espalda cobró más fuerza. Sintió un estremecimiento que recorrió su cuerpo, bajó por sus bonitas piernas y hormigueó en sus pies. Se detuvo, con el corazón palpitando en su boca, reuniendo suficiente valor para girar la cabeza y mirar atrás.

Respiró con cierto alivio al ver la silueta humana cerca de ella. No era lo que había temido. Se trataba simplemente de un hombre que no le causaba miedo. Le conocía lo suficiente por haberle visto en ocasiones en el restaurante. Era cliente suyo. Un cliente amable, simpático incluso. Le sonrió, con un suspiro de alivio.

—Ah, es usted —dijo—. Qué susto me dio…

—Claro, con eso de los asesinatos… —dijo su interlocutor sonriendo. Y se puso a su altura, mirándola afablemente—. Va muy sola esta noche, señorita Kelly…

—Sí, tenía prisa por llegar pronto a casa y descansar. Ha sido una noche muy fatigosa. No sé por qué, llegué a sentirme nerviosa…

—Resulta lógico, después de haber leído los diarios o visto las noticias por televisión —asintió su compañero de paseo—. Ese maníaco violador debe inquietarle bastante, ¿no?

—Pues la verdad es que hasta esta noche, ni había pensado en él. Como solo ataca a las mujeres públicas…

—No debe fiarse. Usted es muy atractiva, puede gustarle a cualquiera… sobre todo a un hombre que se sienta demasiado atraído por el deseo, por las mujeres…

Amanda Kelly frunció el ceño. El tono usado por su acompañante no acabó de gustarle. Le miró de reojo. Y tampoco le

gustó su modo de mirarla. Tenía los ojos fijos en sus senos, dibujados nítidamente en todo su esplendor bajo el suéter de lana ceñido a su cuerpo. Amanda siempre había tenido un pecho abundante y bien formado, que atraía las miradas de los hombres. Pero la de éste en particular era rara, vidriosa…

Le vio temblar, con la boca entreabierta, siguiendo con la mirada su cuerpo, sus bellas piernas…

—Espero que no se fije nunca en mí —comentó ella, sintiéndose incómoda, tensa.

—Eso no es fácil, señorita Kelly —aseguró él—. Nada fácil, se lo aseguro…

E inesperadamente, él se abatió sobre ella. Fue como una sombra negra que la envolviera. Tapó su boca con una recia mano, amordazándola contra la tapia de ladrillos y rejas del zoo.

Amanda, presa del terror, forcejeó con él, le golpeó con las punteras de sus zapatos desesperadamente. Él no dudo en descargar entonces un golpe en su cabeza con la otra mano.

Amanda perdió el conocimiento. Quedó exánime en sus brazos. El agresor respiró hondo, miró en torno, a la vacía calle, cargando el cuerpo de la joven como si fuese una pluma. Se dirigió con ella a una cercana esquina oscura, que dobló. Se alzaban allí unos setos vecinos al zoo. Se metió con el cuerpo inerte de ella entre ellos.

Todo fue fácil para él. Le arrancó las ropas a manotazos. Sumergió su rostro en los macizos pechos femeninos, presa de un deseo irrefrenable. Desgarró la ropa interior de la muchacha, forzándola brutalmente. Cuando se produjo su orgasmo, exhaló roncos gemidos de placer. El cuerpo de la infortunada comenzó a agitarse débilmente entre sus fuertes brazos…

Entonces, sin vacilar, el violador extrajo de sus ropas una navaja. La abrió, haciendo sonar el chasquido ácido de su resorte. Los ojos de Amanda Kelly se abrieron en ese punto.

Su alarido de supremo horror se ahogó bajo la presión de la mano zurda del agresor, que seguía taponando su boca. La otra mano se abatió sobre ella, con la navaja de larga hoja por delante. Segó su garganta de oreja a oreja. La sangre brotó tumultuosa de la terrible herida…

Luego, el asesino soltó a su víctima en la tierra blanda, al pie del seto. Con los ojos desorbitados, Amanda Kelly se desplomó de

espaldas, boqueando, sin poder modular un solo sonido en su agonía, puesto que el navajazo le había segado también las cuerdas vocales.

Su asesino se alejó en la noche con paso rápido, cauteloso. Y ella se fue desangrando allí lentamente, sin que nadie supiera de su espantosa agonía.

* * *

Fue una noche particularmente violenta y trágica para el Bronx.

La crónica de sucesos del día siguiente no sólo recogería la muerte de una infortunada joven, camarera de profesión, víctima del sádico violador y asesino, sino el asalto de unos pandilleros jóvenes de raza hispana a la pizzería de Giacomo Rosetti con graves destrozos y dos empleados heridos, así como la muerte violenta de un tal Carlos Morales, miembro de los «Halcones» de Máximo Spano, y el incendio con botellas de gasolina de la vivienda de un joven negro, Slim Leonard, del grupo de los «Black Warriors» capitaneados por Frank Boccardo, incendio en el que el propio Leonard y sus padres habían resultado con heridas y quemaduras de carácter grave.

—Todo se echó a perder —suspiró el teniente Ward, a su llegada a la comisaría del sur de Bronx, aquella mañana, tirando el periódico con las noticias de última hora sobre la mesa del despacho donde le esperaban Melanie Fisher y Dean Harris—. Alguien ha roto los acuerdos. La guerra está en las calles otra vez.

—Lo sabemos —dijo Harris, sombrío, paseando por el recinto. Se quedó parado, mirando al teniente—. ¿Eso es lo que ha conseguido su método moderado y dialogante?

—¿Y qué quería que hiciera la otra noche? ¿Volarles la cabeza a los dos jefes de banda en aquellos depósitos de gas? —Se irritó Ward.

—Tal vez hubiera sido lo mejor —refunfuñó Harris encogiéndose de hombros.

—Eso es una tontería —cortó Melanie con sequedad mirando a ambos hombres con gesto de reproche—. Como lo fue liarse a golpes y a tiros porque uno de los tipos me tocara los pechos. Yo sé defenderme sola, teniente Harris, no necesito caballeros andantes.

—Vaya, muchas gracias —el joven oficial se volvió a ella,

malhumorado—. Pensé que debía defender a una compañera ofendida, eso es todo.

—Lo sé, pero debió dejarme a mí la iniciativa sin alardes de machismo, Harris. De todos modos, dejemos ahora esa cuestión, porque es secundaria. Lo realmente importante es eso: todos los esfuerzos realizados han sido en vano. No hemos pacificado el Bronx. Todo vuelve a estar como estaba.

—O peor —dijo Harris—. Las represalias por esos actos son imprevisibles ahora.

—Acabo de hablar con el dueño de la pizzería, con Rosetti —comentó Ward, sentándose en una silla y poniendo sus pies sobre la mesa—. Es lo de siempre: no sabe nada. No vio a nadie. No denuncia a nadie. Está asustado, no quiere meterse en líos.

—Ya me lo figuraba —suspiró Dean Harris—. Es el mismo caso de Shapiro, de Ironside. Nadie se compromete, tienen demasiado miedo para hacerlo.

—También he hablado con el patrullero de servicio nocturno en esa zona, el agente Alan Conklin —añadió el teniente Ward—. Pudo ver escapar a dos hispanos en motocicleta, de las inmediaciones de la vivienda de Slim Leonard a poco de declararse el incendio. Les persiguió durante dos manzanas, pero se le escaparon en las inmediaciones de Bronx Pelham. No reconoció a ninguno de ellos, por la sencilla razón de que llevaban sobre sus caras pañuelos de vivos colores, como los que usan los pandilleros de los «Halcones». Pero lo que más le sorprende es que su aspecto no le resultara familiar.

—¿Qué quiere decir con eso? —se interesó Melanie vivamente.

—Que no tenían nada que le resultara conocido al patrullero Conklin, como si fuesen nuevos miembros de la banda de Spano. Aun con pañuelos en el rostro, él está seguro de poder identificar a los componentes de esa pandilla.

—Tal vez han reclutado nuevos miembros —murmuró Harris, encogiéndose de hombros—. Para cualquier hispano del Bronx debe ser un orgullo pasar a formar parte de la banda de Spano, como para cualquier joven negro lo será subordinarse a Boccardo.

—Es posible. De todos modos, vamos a ir allí hoy otra vez —señaló Ward—. E intentaremos que hablen los comerciantes afectados de esa zona. De paso, apretaremos los tornillos a ambas

pandillas, sobre todo a la de Boccardo, porque los negros, recordadlo, han matado a un hispano, Carlos Morales, esta vez nada menos que de un tiro en la nuca, al mejor estilo de los pistoleros profesionales.

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó irónicamente Harris—. ¿Siguiendo sus métodos dialogantes y conciliadores, Ward?

—No —negó secamente éste, clavando sus ojos en su compañero —. Esta vez dejaré que utilice usted los suyos, Harris, a ver qué ocurre…

* * *

Los alrededores del Isaac Rice Memorial Stadium solían estar bastante solitarios en días en que no se disputaba partido alguno en su cancha, sobre todo en la zona portuaria, situada al este del edificio deportivo, frente a Eastchester Bay. Las instalaciones de los muelles tampoco mostraban excesiva actividad a aquellas horas del mediodía en que los obreros hacían un alto en sus trabajos para comer y descansar un par de horas. Además, el crudo viento invernal que se había levantado con el nuevo día, hacía singularmente desapacible el paraje, por lo que no era raro que hubiese estado desierto.

Sin embargo, esta vez era diferente. Había gente en el lugar. Bastante gente para coincidir todas esas circunstancias adversas.

Formaban dos grupos algo distantes uno de otro, en formación que pudiera llamarse «de combate». Unos eran negros como el ébano; los otros, morenos, cetrinos, de pelo negro brillante y tez oscura aceitunada.

Estaban a punto de enfrentarse en un duelo a muerte. El aire, pese al frío de la ventisca con olor a salitre marino, parecía despedir chispas.

Capitaneaban los dos grupos sendos cabecillas, con sus navajas en la mano, mirándose con odio inextinguible. Por un lado, Frank Boccardo. Por el otro, Máximo Spano. Se acechaban mutuamente con los nervios tensos, la mirada brillante, la mano armada presta a atacar.

Tras ellos, dos grupos de cosa de dos docenas de muchachos cada uno, aguardaban la iniciativa de sus líderes para entrar en combate con toda la parafernalia propia de aquellos

enfrentamientos callejeros en las calles de Nueva York: cadenas, bates, barras de hierro o navajas.

Los «Black Warriors» y los «Halcones» iban a dirimir, una vez más, la supremacía de uno u otro grupo en las calles del Bronx.

—Vamos, Spano, ¿a qué esperamos? Morales pide venganza… —Silabeó tras del cabecilla la voz del otro miembro del grupo.

Spano se volvió al que había hablado, con gesto crispado. Habló cortante:

—Escucha, Rosendo, aquí las órdenes las doy yo —dijo fríamente—. Y yo doy el primer paso. Si no te gustan así las cosas, te largas y arreglado, ¿está claro?

—Bueno, bueno, no te pongas así —respondió Héctor Rosado con una mezcla de agresividad y de arrogancia—. Es que todos los muchachos empezamos a estar hartos de que esos negros se salgan siempre con la suya. Cifuentes, ahora Morales…

—Te he dicho que las órdenes son mías. Yo he dispuesto el enfrentamiento hoy aquí, ¿no? Pues espera a tu momento, y basta. No quiero actos aislados que yo no ordene, como el de los que quemaron la casa de ese negro. ¿Acaso fue tuya esa estupidez, Rosendo?

—Maldita sea, claro que no. De haber dispuesto yo el incendio de la vivienda de ese cerdo de Leonard, ese negro no estaría vivo a estas horas.

—Mejor así. No pararé hasta dar con los que hacen cosas a mis espaldas. Ahora, cierra el pico, como todos. Y espera un momento.

Héctor Rosendo, uno de los más recientes miembros de la banda de Spano, así como uno de sus elementos más beligerantes, apretó los labios con ira contenida, pero acató la disciplina del grupo. Fueron avanzando unos pasos los hispanos, mientras los negros hacían lo propio. El enfrentamiento era ya cosa de unos momentos.

Cuando se produjo, comenzó una verdadera batalla de jóvenes furibundos, un entrechocar salvaje de bates y cadenas, de golpes violentos, de caídas, de patadas, de puñetazos, de navajazos, unos al aire, otros encontrando la carne humana a la que iban destinados.

La lucha adquirió caracteres violentísimos, justo al lado del muro este del estadio deportivo. La furia de los hispanos parecía dominar de momento el enfrentamiento, haciendo retroceder a los jóvenes de color. La sangre salpicó en varios puntos los muros del

estadio.

Súbitamente, un coche se detuvo ante el campo de batalla, con chirriar de frenos. Aunque era un coche-patrulla policial, no hizo sonar en ningún momento las sirenas. De su interior brotaron tres figuras de azul, revólver en mano. Dean Harris, con sus sempiternas gafas negras sobre el rostro, se hallaba al frente esta vez.

Negros e hispanos se detuvieron en su pugna, alarmados, mirando a los que llegaban. Al ver tan reducido número de fuerzas policiales, se envalentonaron, prosiguiendo con su enfrentamiento, mientras cuatro miembros de cada grupo, distanciados entre sí, se situaban frente a ellos, dispuestos a cortarles el paso, enarbolando sus contundentes armas.

—Fuera de aquí, polizontes —avisó uno de ellos, precisamente el hispano Héctor Dorado, que lucía un corte de navaja en el brazo izquierdo y un hematoma en el pómulo del mismo lado—. Nadie os dio vela en este entierro.

—En nombre de la Ley, quedáis todos detenidos —avisó sordamente Harris amartillando su revólver, plantado ante Rosado —. Tirad esos objetos al suelo, pronto. Y permaneced quietos mientras se os leen vuestros derechos.

—¡Vete al inferno, poli! —rió Rosado burlonamente haciendo girar su bate sobre la cabeza—. ¿Es que piensas disparar sobre nosotros si no obedecemos?

—Exactamente —afirmó con dureza Harris.

Y disparó.

El bate voló de entre los dedos del sorprendido Rosendo, que ni siquiera notó la bala en su piel. Otro disparo arrancó las cadenas de manos de un negro musculoso del otro grupo. Al oír los disparos, el resto de los pandilleros cesó en la lucha, volviendo las cabezas hacia los tres policías.

—Eh, un momento, no tiene derecho a disparar —gritó Rosendo, palideciendo—. No puede hacerlo sobre un ciudadano inofensivo y desarmado, polizonte.

—Tú no eres un ciudadano inofensivo ni vas desarmado, pipiolo —replicó secamente Harris amartillando de nuevo su reglamentario 38—. Y eso va por todos los demás. ¡Es la última vez que lo aviso! ¡O tiráis todas las armas, todos vosotros, o empezamos a disparar sin contemplaciones!

Sólo unos pocos obedecieron, más por sorpresa que por otra cosa. Los demás, incluidos los cabecillas de ambos grupos siguieron enfrentados, con sus contundentes objetos agresivos en las manos. Harris miró a sus dos compañeros. Y avisó:

—Adelante, amigos. Vamos a darles un escarmiento.

Las tres armas comenzaron a llamear. Rugieron los revólveres de los tres policías simultáneamente, llenando de estruendo la zona. Perplejos ante la agresividad de los agentes, una agresividad que nunca hasta entonces utilizara la policía contra ellos, los miembros de ambas pandillas retrocedieron, sin saber qué hacer. Otras muchas manos dejaron caer barras de metal, cadenas o porras. Las balas silbaron por entre unos y otros, amenazadoras, aunque sin herir a nadie.

—¡Lo están haciendo sólo para amedrentarnos! —aulló Boccardo de repente, levantando sus cadenas con aire fiero—. ¡No les hagáis caso, muchachos! ¡No se atreverán a herir a uno solo de nosotros, eso sería ilegal!

Dean Harris clavó sus fríos ojos en Boccardo a través de los vidrios negros de sus gafas de sol. Y apretó el gatillo. Su revólver volvió a retumbar.

Boccardo lanzó un grito de dolor. Su mano se llenó de sangre, soltando las cadenas. Estupefacto, se contempló los dedos, astillados y sangrantes. La bala había roto su índice y su pulgar, así como había desollado los demás dedos.

—¡Maldito bastardo! —rugió el negro—. ¡No puede hacer esto!

—Ya lo hice —silabeó Harris decidido—. Y la próxima bala va a ir a la cabeza del primero que desobedezca la orden. ¡Todos esos objetos al suelo, pronto!

Spano dio el ejemplo, tirando su bate de béisbol sin pronunciar palabra. Todos los hispanos le imitaron. Al otro lado, tan de mala gana como ellos, pero igualmente dóciles ahora, dejaron caer sus armas contundentes los pandilleros negros. Un silencio profundo se hizo en la zona de la batalla callejera.

—Eso está mejor —terció el teniente Ward con firmeza—. Ahora, alineaos contra la pared del estadio. Todos en hilera, las manos contra el muro. Os registraremos. Y os vamos a llevar a la comisaría.

—¡No ganarán nada con esto! —bramó Rosado—. ¡No pueden

encerrarnos, no hicimos nada delictivo! ¡Era sólo una pelea entre amigos!

—Ya. —Harris rió entre dientes—. Podemos deteneros y manteneros arrestados un par de días por alteración de orden público, aunque vengan diez abogados de oficio a sacaros de las celdas. Mientras, averiguaremos quién incendió la casa de Leonard. Y quién asesinó de un tiro en la nuca a Carlos Molares. Ésos sí son delitos graves. El que cometió cada uno de ellos, va a pagarlo caro.

Los pandilleros obedecieron. Tras serles requisadas navajas y objetos cortantes diversos ocultos en sus ropas, fueron conducidos en hilera, bajo la amenaza de las armas, hasta donde dejaran parado el coche policial. Dean Harris, como jefe de la operación, dispuso en ese punto:

—Ahora, andando todos hacia la comisaría. Ya conocéis bien el camino. Os seguimos con el coche. Al primero que se desmande, le meto una bala en la cabeza, ¿está claro?

—Oiga, polizonte, ¿es usted un agente de la Ley o un maldito fascista? —Gruñó Boccardo envuelta la mano herida en un pañuelo.

—Soy un tipo que hace lo que debe, aunque a veces no esté escrito en los reglamentos —replicó Harris fríamente—. No me gusta tratar a la escoria como a seres humanos, eso es todo. Y vosotros sois escoria.

—Lo que dije: un fascista. Ahora nos dará un discurso de racismo.

—No, Boccardo, te equivocas. No odio ni desprecio a nadie por su color, sino por su condición humana y por su comportamiento. Hay mucho hijo de perra blanco y rubio, como lo hay entre los de tu raza o entre los hispanos o los chinos. Ésos son los que me ponen enfermo. No es cuestión de color, aunque en vuestro caso os margine esa condición ante la sociedad, cosa en la que tampoco estoy de acuerdo y que creo origen de muchos males que os aquejan. Pero la violencia, la lucha armada o el delito, no son el camino para acabar con esa marginación injusta. Y dejemos de charlar: andando todos, se hace tarde.

Fue todo un espectáculo para los asombrados ciudadanos del Bronx ver pasar una larga caravana de negros y de hispanos pandilleros jóvenes camino de la comisaría, en dócil hilera, con un coche policial detrás, cerrando la marcha.

—Ya iba siendo hora de que los policías hicierais algo efectivo en este barrio —ponderó Barton Shapiro, dueño del supermercado asaltado días antes, en su charla con el patrullero Conklin a la puerta de su negocio—. Es un hermoso espectáculo, ¿no?

Alan Conklin, estupefacto, siguió con mirada de asombro a la hilera de humillados jovenzuelos camino de la comisaría. Luego asintió con la cabeza, haciendo girar su porra mecánicamente en el aire.

—Que me ahorquen si lo entiendo —farfulló—. Sólo tres tipos lograron todo eso… Deben ser discípulos de Superman…

Elmer Ironside, dueño del Restaurante Latino, y Giacomo Rosetti el propietario de la pizzería cercana, coincidieron también en la acera de sus respectivos negocios con tan insólito espectáculo, contemplando a los detenidos llenos de perplejidad y de esperanza.

—Bueno, al fin les han metido en cintura, aunque sólo sea por unas horas —suspiró Ironside aliviado.

—Eso es lo malo, Elmer —sentenció Rosetti con cierto pesimismo—: que será sólo por unas horas. Si los picapleitos no les sacan de la celda mañana mismo, lo harán los jueces. La justicia no funciona, mi querido amigo, eso lo sabemos todos…

CAPÍTULO IV

Desgraciadamente, el italiano tuvo razón en su pesimismo. Los abogados de oficio no lograron nada con sus intervenciones ante la policía del Bronx. Los pandilleros de ambas bandas siguieron encarcelados… en celdas separadas, por supuesto.

Pero al día siguiente, tras una vista preliminar de lo más breve, el juez les condenó a pagar una fianza de diez dólares por cabeza, quedando en libertad sin cargos. Se produjo el hecho por considerar los abogados que la detención había sido hecha por procedimientos ilegales, ya que le teniente Harris había utilizado su revólver, así como sus compañeros, el sargento Fisher y el teniente Ward, en una situación que, según la defensa, no lo requería, el juez dictaminó que el arresto colectivo era incorrecto de forma, por lo que la libertad fue inmediata para todos los pandilleros, si bien el juez les advirtió tibiamente que en una posterior ocasión podían ir a parar a un correccional de menores.

Harris se quedó sentado en la sala del tribunal, abatido y sombrío tras la decisión judicial que volvía a poner en la calle a los peligrosos jóvenes. El fiscal fue a consolarle, asegurándole que había sido imposible para la fiscalía acusar a ninguno de los detenidos del delito de asesinato o de incendio premeditado con resultado de quemaduras graves. Los responsables de ambos hechos no habían sido hallados, puesto que ambas bandas negaron rotundamente toda autoría en ambos delitos.

Eso no sirvió de mucho consuelo para Dean Harris, que permaneció allí unos minutos, pensativo, hasta que alguien se sentó a su lado y una mano se apoyó, comprensiva, en su brazo.

—Lo siento, teniente —dijo una voz suave—. Su método tampoco resultó, ¿verdad?

Dean alzó la cabeza. Por primera vez se quitó sus gafas negras, contemplando a su interlocutora con ojos pensativos. Sorprendida, Melanie Fisher descubrió que su compañero tenía unos profundos, inquietantes ojos verde oscuros.

—No, no resultó más que por unas horas —admitió—. Además, seré reprendido por los superiores por usar procedimientos no correctos, así son las cosas, sargento Fisher.

—Por Dios, no me llame así —sonrió ella—. Ahora no estamos de servicio. Y mi nombre me gusta bastante. Por cierto, también me gustan sus ojos, Harris. ¿Por qué los oculta siempre bajo esas gafas?

—No lo sé. Tal vez sea porque siempre me gustaron de niño los héroes enmascarados —rió entre dientes Harris—. Deben ser para mí esas gafas como una especie de antifaz, Melanie.

—Entiendo. Le gusta esconder su verdadera expresión, ¿no es así?

—Algo parecido —se incorporó, desperezándose—. ¿Qué tal si salimos de aquí? Nunca me gustaron las salas de los tribunales. Y hoy, menos que nunca.

—De acuerdo —asintió Melanie—. Yo también siento horror a los tribunales.

Salieron a la calle. Brillaba un frío sol invernal sobre Nueva York. Harris se puso de nuevo sus negras gafas. Melanie se echó a reír. Y él también.

—¿Lo ve? —comentó él—. No tengo remedio… ¿Va a alguna parte?

—Sí. A comer algo en cualquier sitio. Es hora de almorzar, ¿no? ¿Y usted?

—Algo parecido. ¿Qué tal si comemos los dos juntos?

—¿Es una invitación… o una orden, teniente? —sonrió Melanie.

—Tómelo como quiera. Pero recuerde que no estamos de servicio.

—De todos modos, acepto. Elija usted el lugar, Harris.

—Me llamo Dean —le recordó él yendo hacia su coche—. Y a mí también me gusta.

Luego, arrancaron, alejándose hacia Manhattan por el puente sobre el río Harlem.

* * *

—Ha sido un día extraordinario, Dean. Comenzó con un almuerzo… Y hemos terminado en plena noche… tras cenar, bailar, ir al cine… —Melanie sonrió, parándose ante la puerta de su vivienda—. De verdad, Dean, lo he pasado muy bien. Gracias por todo.

—No diga eso. Usted me lo ha hecho pasar bien a mí, Melanie. —Harris la contempló, de nuevo sin sus gafas de negros cristales—. No se puede decir que el día comenzara para mí demasiado esperanzador, con esa absolución judicial para los pandilleros de ambos grupos, pero su presencia ha logrado cambiar por completo el signo del día. Sin embargo, todo lo bueno termina. Mañana, de nuevo el uniforme azul… Y la tarea en las calles del Bronx, ¡qué remedio!

—Si al menos lo sucedido sirviera para que esos jovenzuelos limaran sus asperezas y se limitaran a callejear como simples gamberros…

—Eso sería como esperar un milagro. Ellos son como son, jóvenes airados que se desahogan a su modo de la marginación en que viven. Habría que cambiar toda la sociedad actual para poder cambiarles a ellos, ésa es la raíz del problema. Nosotros no podemos hacer milagros, Melanie.

—No, eso es cierto —admitió ella con un asentimiento de cabeza —. El milagro será si logramos evitar una matanza en ese barrio… Y si salimos nosotros mismos vivos de semejante situación. La verdad es que soy una mujer valerosa, pero a veces me siento un poco asustada.

—Todos tenemos miedo —admitió Harris—. El caso es procurar dominarlo…

—Bien, Dean, ahora voy a descansar. Mañana empezaremos a hora temprana la tarea. Conviene que estemos frescos para entonces. Gracias por todo, y buenas noches.

—Buenas noches, Melanie —él la miró fijamente unos momentos —. Felices sueños.

Se alejó. Ella cerró la puerta de la casa antes de que Harris pusiera en marcha su coche. La joven policía suspiró, empezando a subir la escalera hacia su vivienda.

—Bajo su máscara de dureza, Dean Harris es un gran chico — murmuró—. Y muy guapo cuando se quita esas gafas y se olvida de

que es policía…

Llegó ante la puerta de su casa, abriendo con llave. Antes de dar la luz del recibidor, una sombra cayó sobre ella. Intentó gritar, pero le taparon la boca violentamente, con rudeza. Varios brazos la rodearon, sujetándola contra la pared. Una voz ronca, con claro acento hispano, sonó en la oscuridad:

—¡Pronto, terminad con su resistencia! Cuanto antes salgamos de aquí, tanto mejor…

Melanie forcejeó furiosamente con sus raptores que, al menos, eran cuatro. Pero otra mano puso sobre su boca y nariz un pañuelo empapado en algo de fuerte olor. Sintió que su mente se llenaba de luces por un momento. Luego, llegó la oscuridad. El éter había hecho sus efectos. Melanie Fisher se desplomó inerte en brazos de sus raptores.

—Asunto arreglado, Rosado —dijo otra voz apagada—. ¿Y ahora…?

—Bajadla con cuidado, que nadie nos vea —ordenó Héctor Rosado—. Que Lucas traiga la furgoneta. Nos la llevaremos de vuelta al Bronx, al domicilio que tenemos reservado para esta guapa polizonte. Tú, Raúl, ve a ver la escalera, que nadie vea nada.

Minutos después, Melanie, aún inconsciente, era cargada en una vieja furgoneta de reparto a domicilio, aparcada en la esquina próxima al edificio donde vivía la joven sargento de policía. La habían atado y amordazado adecuadamente.

La furgoneta se perdió en la noche, en dirección al este de la ciudad, conduciendo a cinco hispanos y a su prisionera con rumbo desconocido. Dean Harris, que en ese momento conducía su automóvil, de regreso a su propia casa, poco podía imaginar cuál había sido el final de aquella jornada para su compañera y subordinada.

* * *

—¡Juro que no sé nada, teniente! —clamó Máximo Spano desesperadamente.

Dean Harris no dudó lo más mínimo. Aferró al detenido por las solapas de su camisa de vivos colores, zarandeándole violentamente en el aire, antes de estrellarle de espaldas contra la pared, donde se encaró con él, a menos de una pulgada de su rostro, espetándole

con ojos llameantes:

—¡Mientes! ¡Mientes, hijo de perra, maldito rufián! ¡Tú y tu pandilla habéis secuestrado a una mujer policía! ¡Y eso, además de delito federal, es suficiente motivo para que os haga pedazos a ti y a todos los tuyos!

—Pero teniente, ante Dios mismo puedo jurárselo, no sabemos nada de eso… —jadeó Spano lívido, sintiendo las férreas zarpas del policía sobre su cuello.

—Calma, Harris, deja que se explique Spano —le aconsejó prudentemente Ward—. No se meta en más líos maltratando a un detenido…

—¡Al diablo con los reglamentos y las leyes! —rugió Harris, frenético, sin soltar a su cautivo—. Si algo le sucede a Mela… al sargento Fisher, no dudaré en matar a esta sabandija y a sus compinches, aunque luego tenga que devolver la placa y el revólver y dimitir de mi puesto. La encontraré aunque la tengan escondida en el centro de la tierra. Y este bastardo va a decírmelo si aprecia en algo su vida…

—No, teniente, espere, no me pegue —rogó Spano—. Yo no sé nada, no soy culpable, pero tal vez pueda ayudarle mejor que nadie a dar con su compañera y aclarar todo esto, se lo prometo.

—Más te valdrá, porque si no es así, tu pellejo entonces no va a valer nada. ¡Nada! ¿Lo entiendes? —Y le tiró contra la silla del cuarto de interrogatorios con tal violencia, que al caer en ella, el mueble crujió, a punto de desencuadernarse bajo el impacto del cuerpo de Spano.

Éste resopló, recuperando el aliento bajo la mirada febril de Dean. Se aflojó más la camisa, se pasó una mano por el rostro sudoroso y balbuceó:

—Verá, teniente… Dice usted que unos testigos, en la calle, vieron a un grupo de hispanos metiendo en una furgoneta un bulto, junto a la casa de la sargento Fisher… Y que uno de esos hispanos llevaba una chaqueta de cuero con el emblema de los «Halcones»… También me ha dicho que uno de ellos lucía un pañuelo verde atado a la cabeza y llevaba el cabello largo, hasta los hombros…

—Sí, eso dije. Y según nuestros archivos, ése es tu esbirro Raúl Navarro…

—De acuerdo, de acuerdo. Es Raúl Navarro. Pero ese maldito

imbécil ha desertado de nuestras filas ayer. Se ha unido al grupo de Héctor Rosado, que ha preferido formar su propia banda, porque no está de acuerdo con mi idea de llegar a un pacto definitivo con los «Warriors» para acabar con esta guerra… Dice que somos demasiado blandos. Rosado es intransigente, duro… Creo que él está tras el rapto de la chica, teniente. Pero ya no obedece mis órdenes. Se fue con seis de los míos. Y no sé dónde están ni qué refugio tienen.

—Pues vas a tener que saberlo. Indaga por ahí. Busca como sea. Tú puedes, mejor que nadie, encontrar el rastro. Y rápido. Quiero que antes de doce horas me digas algo, o saldré a por ti dispuesto a todo. Elige, Spano.

—Tengo amigos, puedo averiguar dónde se ocultan o qué madriguera escogieron… En este mismo día le diré algo, teniente, tal vez antes de la noche…

—Hazlo si quieres seguir vivo. Y ahora, largo de aquí. No esperaré más de la medianoche para ir en tu busca si no me has dicho algo concreto. ¡Fuera!

Spano salió disparado, antes de que Harris se arrepintiera de su decisión de dejarle ir libremente. El teniente Ward meneó la cabeza, mirando preocupado a su compañero.

—Se está metiendo en muchos líos Harris —advirtió—. Nunca sigue las normas.

—¿Y qué? ¿Siguen ellos alguna norma? ¿Qué norma es secuestrar a una policía en su propia casa? —replicó acremente Harris.

—Lo sé, lo sé. Estoy tan indignado como usted. Aprecio a la sargento Fisher como lo aprecio a usted, pese a que no coincidamos en los métodos. Yo voy a seguir otro procedimiento para dar con ella. Veremos quién tiene más suerte. Pero recuerde que no es el primer delito grave que cometen esos pandilleros: ahora ha sido un secuestro, de acuerdo. Antes, sin embargo, hubo ya homicidio, asesinato e incendio…

—Estoy seguro de que Spano está lo bastante asustado como para localizar a Rosado y su escondrijo actual.

—Es posible. Yo, por si acaso, buscaré por otro lado, a mi manera. Suerte, Harris.

—Lo mismo digo, teniente Ward. Sé que es usted un buen

policía. Sólo que, a veces, peca de blando, de político. Ésos no suelen ser mis métodos, usted lo sabe.

Sin decir nada, Ward asintió, saliendo del cuarto de interrogatorios de la comisaría del Bronx.

No necesitó Harris esperar a la medianoche. Estaba tomando un café a media tarde, cuando un agente le avisó de que había una llamada para él. Acudió al teléfono.

—Soy yo, teniente —dijo la voz de Spano en un susurro—. Acabo de saber lo que le interesa. Creo que realmente, él tiene a la chica.

—Sigue y déjate de rodeos. ¿Dónde?

—Las viejas cocheras de tranvías de Southern Boulevard, cerca del puente que conduce al hospital… Es allí. Suerte, teniente —y colgó.

Dean Harris encajó sus mandíbulas. Comprobó que su revólver funcionaba perfectamente y estaba cargado. Fue a por un rifle de gran potencia que metió en su coche patrulla. Y partió hacia el punto indicado por Spano en su llamada, no sin antes ajustarse sus inevitables gafas negras.

* * *

Gordon Ward empujó la puerta sin contemplaciones, apartando violentamente de su entornada abertura a la mujer joven, de piel negra, que acababa de entreabrir, contemplando temerosa el azul de su uniforme.

—Déjame entrar —habló con rudeza el policía, una vez en el interior del piso.

Un joven negro, semidesnudo, apareció en la puerta del fondo, enarbolando un mazo de madera con el que casi rivalizaba su desnudo pene color caoba. La muchacha negra también aparecía a medio vestir, mostrando la solidez abundante de sus oscuros pechos y el negro, espeso pubis entre unos macizos muslos.

Evidentemente, Ward había interrumpido una sesión amorosa cercana al clímax.

—¡No puede hacer eso! —aulló Frank Boccardo, con su mano diestra aún vendada—. ¡Esto es anticonstitucional, ilegal y…!

—Cierra el pico, Boccardo y tápate esa preciosidad —dijo Ward despectivo, señalando su entrepierna—. Y tú también puedes cubrir

tus tetas y lo demás, encanto. Ya podréis seguir la juerguecita cuando termine de hablar con vosotros… si tenéis suerte.

—Denunciaré su actitud ante el juez, diré a todo el mundo cómo obra la policía de este país, de esta ciudad —siguió protestando el líder negro de los «Warriors», tapándose con una toalla la parte inferior de su cuerpo, mientras su amiguita intentaba en vano cubrir de alguna forma con ambas manos la voluminosa opulencia de sus pechos.

—Di lo que te de la gana, pero como no cooperes conmigo ahora, vas a saber lo que es bueno —amenazó Ward—. Sabes que soy persona conciliadora por naturaleza, pero empiezo a estar harto de todos vosotros. Hay demasiado delito por medio: crímenes, violencias, incendios… y ahora un secuestro. Nada menos que secuestrada una policía…

—He oído hablar de eso, teniente, pero no soy yo la persona a quien tiene que visitar, sino a ese chicano del demonio, a Spano. Fueron sus pandilleros los raptores, según he oído decir por ahí.

—Oh, claro, tú oyes decir muchas cosas por esas calles. Tienes oídos en toda partes, Boccardo —tranquilamente, Ward se sentó en una silla—. Y quiero saber todo lo que escuchas. Si te mando aquí a Dean Harris va a ser mucho peor. Sabes que él no tendrá tantos miramientos como yo, ¿verdad?

—Pero ¿qué diablos quiere saber? Ni Luana ni yo sabemos cosa alguna, teniente. No podemos ayudarle en rescatar a su compañera, es cosa de los hispanos, de los «Halcones».

—De ésos se está ocupando ya Harris. Y supongo bien cómo lo hará… En cuanto a ti, muchacho, harías bien en colaborar con la policía. Recuerda que dos latinos han sido asesinados: Cifuentes y Morales. Y eso sí fue cosa vuestra…

—¡Juro que no, teniente! —protestó Boccardo—. No tuvimos nada que ver en esas muertes. Mis compañeros no me mentirían a mí. Liquidar a un «Halcón» sería motivo de orgullo para muchos, pero no hemos matado a nadie. Lo de Cifuentes fue resultado de una reyerta, lo admito. Recibió un mal golpe. Pero a Morales nadie le tocó. No es nuestro método usar una pistola y volarle la cabeza a un rival. Eso no es pelear.

—Pudisteis estar furiosos por lo de Leonard, el incendio de su casa… como antes os pasó con lo de Robson cuando le aplastaron la

cabeza… A alguno se le fue la mano.

—Palabra que no, teniente. Es más: tengo algunos amigos en el Bronx que oyen cosas en la calle. Ya sabe: corredores de apuestas, limpiabotas, chulos de putas, vendedores de pornografía y todo eso… Se rumorean cosas raras sobre esos hechos.

—¿Qué cosas? —Ward arrugó el ceño.

—Bueno, dicen que alguien anda por ahí haciéndose pasar por miembro de los «Warriors» sin serlo. Y lo mismo puede pasar con los «Halcones». No estoy seguro ya siquiera de que el incendio de la casa de Leonard o la muerte de Robson fueran cosa de Spano y su chusma. Ellos juran que no lo hicieron. Casi empiezo a creerles.

—Desembucha, maldita sea. —Ward parecía excitado ahora—. ¿Adónde quieres ir a parar con todo eso?

—Bueno, estaba pensando en… en reunirme con Spano. Una tregua, ya sabe. Y discutir el asunto. Si hay alguien en el Bronx interesado en enfrentarnos, valdría la pena descubrirlo.

—Ya. Y te he pillado en plena meditación… —bromeó Ward mirando a Luana.

—Bueno, teniente, entienda las cosas. Vivo con ella. Mis padres me dejaron sólo hace unos años. Mi madre, para fugarse con un viajante de comercio. Mi padre, para ingresar en la penitenciaría por diez años. Vivo con Luana. Nos queremos…

—Basta, basta. Sigue con ese otro asunto. ¿Quién puede tener interés en que vosotros y los «Halcones» andéis peleados? ¿Quién pudo cometer esos delitos?

—No lo sé, teniente. Aún no. Pero hay rumores, indicios, sospechas…

—¿Qué rumores, qué indicios, qué sospechas?

—La Mafia. Ya sabe: la droga. Ahora les han dejado muy tranquilos a ésos, con nuestros problemas… Y creo que se distribuye y vende más droga que nunca en las calles del Bronx…

—Droga… —Los ojos de Ward brillaron—. Enrico Reno lleva este distrito.

—Sí. Y Nathan Lo Duca distribuye habitualmente la coca —asintió Boccardo.

—Es una posibilidad, sí… Por eso no han sabido identificar a los incendiaros de la casa de Leonard… Por eso dispararon en la nuca a Morales… ¡La Mafia!

Se puso en pie. Fue hacia la puerta, con la frente surcada de arrugas. Boccardo manifestó:

—Le tendré informado sobre eso, teniente. Tiene mi palabra. Y le diré lo que averigüe sobre el paradero de su compañera. Indagaré por ahí, no lo dude…

—Gracias, Boccardo. Eso espero. Y seguid con vuestra tarea, muchachos…

Les guiñó un ojo cerrando tras de sí. Luego salió a la calle, subiendo a su coche patrulla, con el que arrancó a toda velocidad, rumbo a las oficinas del supuesto negocio de inmobiliaria que regentaba, como tapadera, Enrico Reno, el mafioso vendedor de droga del Bronx.

Antes, llamó por el teléfono de su coche a comisaría, preguntando por Harris. La respuesta le dejó algo intranquilo:

—Ha salido, teniente. Recibió una llamada y salió a toda prisa.

—Dios, espero que no se meta en nuevos jaleos —refunfuñó Ward, acelerando la marcha de su propio coche para investigar cuanto antes la nueva alternativa que le ofrecía el caso de las pandillas callejeras del Bronx.

CAPÍTULO V

Oscurecía cuando el coche de Dean Harris se detuvo en un callejón solitario, algo alejado de las viejas cocheras de tranvías a punto de desaparecer para que su solar histórico fuese ocupado por algún monstruoso edificio de veinte o treinta pisos.

Bajó del coche portando consigo una bolsa cerrada con cremallera, en cuyo interior iba el poderoso rifle de repetición que había tomado consigo en comisaría. Bajo su abierto impermeable, el revólver asomaba su culata en la pistolera. Estaba comenzando a lloviznar nuevamente y el aire era frío y pegajoso como una babosa.

Harris avanzó hacia las viejas cocheras por el lado posterior. Conocía aquella zona por haber prestado sus servicios de patrullero en sus primeros años como agente, precisamente en el Bronx. Se movía por ella, por tanto, como pez en el agua.

Se detuvo tras un muro semiderruido, contemplando desde allí las viejas estructuras de metal y vidrios rotos y polvorientos, sobre las viejas vías, entre las que crecían hierbajos. El corazón le palpitó con fuerza. Había un hombre apostado allí. Desde su emplazamiento, pudo ver sus espaldas de cuero, con la figura de un halcón llameante.

Spano no le había engañado. Los disidentes de los «Halcones» estaban allí, en las viejas cocheras tranviarias. Era su madriguera provisional. Se preguntó si Melanie estaría con ellos en el mismo lugar.

Avanzó cautelosamente, pegado a los viejos muros semiderruidos, sin hacer ruido alguno. De pronto, algo vino en su ayuda, algo que amortiguaría, posiblemente, cualquier ruido leve que pudiese producir en su avance: comenzó a llover con fuerza. Las gruesas gotas golpearon sonoramente el suelo. El aguacero fue

haciéndose torrencial a medida que avanzaba hacia su objetivo con el máximo sigilo.

Otro «Halcón» relevó al que montaba guardia en la entrada posterior de las cocheras. Dean observó que tanto el que se iba como el recién llegado, habían dejado de lado las armas propias de sus respectivas bandas. Ya no empuñaban bates de béisbol o cadenas de hierro. Ambos sujetaban una pistola automática.

—Evidentemente, Spano tenía razón —se dijo el policía—. Ésos son más extremistas y violentos que los demás. Están dispuestos incluso a matar, podría jurarlo…

Apretó las mandíbulas con su gesto característico. Luego, se detuvo a abrir la cremallera de su bolsa de plástico. Extrajo el poderoso rifle y lo empuñó con firmeza, echando a andar de nuevo resueltamente.

No le preocupaba enfrentarse a vida o muerte con aquellos pandilleros violentos. Lo que le inquietaba era la suerte que podía correr Melanie si su ataque no se producía con la necesaria rapidez. Ése era el *quid* de la cuestión. Algo le decía a Harris que aquel grupo capitaneado por Héctor Rosado no dudaría, llegada la ocasión, en matar a Melanie si se veía acosado. La idea le provocó un escalofrío.

Logró situarse a espaldas del vigilante armado, tras un viejo tranvía desvencijado, glorioso resto del pasado de la ciudad de Nueva York, a punto de ser vendido como simple chatarra. Otros dos tranvías de la misma época permanecían dentro de la cochera del Bronx, esperando su triste destino. Harris estaba seguro que uno de esos tranvías era la madriguera de Rosado. Y que Melanie estaba allí dentro…

Se incorporó rápido. Descargó un brutal culatazo con su rifle en la cabeza del vigilante. Éste se desplomó fulminado. Con su otro brazo, Harris evitó que el pandillero golpease el suelo produciendo ruido. Le depositó suavemente junto al viejo tranvía. Agazapado tras éste, observó el teatro de operaciones.

Tal y como sospechaba, uno de los tranvías servía de madriguera a Rosado. La suerte le ayudó en ese momento. El propio Rosado salió a la plataforma del tranvía, oteando el exterior. Llamó a alguien:

—¡Raúl!

Del otro tranvía salió un hispano con pañuelo verde rodeando su cabeza de larga cabellera negra aceitosa. Tenía facciones de mestizo indio. Era Raúl Navarro, uno de los secuestradores de Melanie.

—¿Sí, jefe? —preguntó Navarro yendo hacia el tranvía.

—La polizonte quiere comer algo. Trae un trozo de *pizza*.

—Enseguida, sí —asintió Raúl, volviendo al otro tranvía.

Sus cálculos se confirmaban. Melanie estaba con Navarro en el segundo tranvía. Lo importante era llegar allí antes de que nadie se diera cuenta y rescatarla con vida. Luego sería ocasión de enfrentarse a los jovenzuelos hispanos capitaneados por el disidente Rosado.

Avanzó tras ver a Raúl Navarro introducir un plato de cartón con un trozo de *pizza* en el otro tranvía. Le vio regresar a su emplazamiento anterior y vislumbró tres o cuatro cabezas más por las ventanillas del viejo coche oxidado. Debían de estar jugando en el suelo del mismo alguna partida de dados o cosa parecida.

Logró rodear ése tranvía sin ser apercibida su presencia. En una ocasión, golpeó sin querer un viejo raíl con su fusil, pero en ese momento la lluvia torrencial repiqueteaba ruidosa en el armazón metálico del coche, y eso ahogó el imprudente ruido.

Respiró aliviado. Ya estaba donde quería: al pie del tranvía ocupado por Rosado. Dispuso su rifle. Y subió a la plataforma con el sigilo de un zorro. Oteó el interior, dominando un estremecimiento.

Melanie aparecía sentada en el suelo del vetusto vehículo, atados sus tobillos con correas. Estaba comiendo una *pizza* con una sola mano, mientras la otra seguía atada con una correa a uno de los asientos desencuadernados del viejo tranvía.

Ante ella, estaba el propio Héctor Rosado. Llevaba un revólver al cinto y tenía a su lado, sobre otro asiento del viejo vehículo, una escopeta de caza de cañones recortados. Todo un arsenal que hablaba claro de sus beligerantes intenciones de llevar aquella guerra callejera a una auténtica batalla a sangre y fuego. Si aquellas bestias peligrosas llegaban a actuar a su manera, todo el distrito del Bronx sería un matadero en pocas horas.

—Anda, termina de comer, zorra —rió Rosado, fija su mirada en la policía, que llevaba su blusa desabrochada, sin duda a causa de los manoseos de sus raptores en sus senos. Esa idea repugnó y enfureció más aún a Harris. El hispano siguió en ese punto—: Esta

vez vamos a divertirnos tú y yo. Has logrado calentarme tocándote esas hermosas tetas. Ya no me conformaré con sobarte, preciosa. Sabrás lo que es sentirse clavada por un macho hispano, ya verás…

Siguió con su obsceno lenguaje, brillantes los ojos de deseo. Harris ya no soportó más. A fin de cuentas, había llegado justamente adonde quería.

Elevó su rifle, hablando con tono seco afilado como una navaja:

—¡Brazos en alto, Rosendo! ¡Ni un movimiento de resistencia o te mato!

Sorprendido, Héctor Rosado se volvió en redondo. Pero no alzó sus brazos. Por el contrario, se precipitó sobre su escopeta de cañones recortados, al tiempo que empuñaba su revólver para disparar sobre el policía, gritando rabiosamente:

—¡La poli, muchachos! ¡Es ese apestoso teniente Harris…!

Dean no vaciló. Sabía que era su vida o la de Rosado… Y también la de Melanie. Disparó el poderoso rifle a menos de dos yardas de su adversario. El resultado fue terrible: El pecho de Rosado se abrió, desgarrado, en un tumulto de sangre, huesos rotos y vísceras reventadas. Su cuerpo saltó atrás, dando tumbos, hasta caer contra una ventanilla del tranvía, donde quedó inmóvil, vomitando sangre por su boca crispada.

Pero su grito había puesto en pie de alarma a todos sus hombres. Del otro tranvía surgieron hasta cuatro jóvenes hispanos de cazadoras de cuero, disparando sus armas sobre el tranvía. Harris se agazapó, cerca de Melanie, que le miraba esperanzada.

—Dios mío, Dean, gracias por esto… —susurró ella—. Están como locos esos chicos. Se drogan. La Mafia del Bronx les facilita la droga… Dos de ellos trabajan para un tal Reno, un traficante de cocaína… Les oí decir que mataron a un compañero, a Carlos Morales, para desatar la guerra entre las bandas…

—Cielos, era eso… —Harris asomó un momento, disparando su formidable rifle sobre uno de los pandilleros de Rosado, que saltó por el aire, emitiendo un chillido prolongado, antes de rebotar en el otro viejo tranvía y rodar por las vías en desuso.

Nutrido tiroteo acogió el disparo de Harris. Evidentemente, aquel grupo era mucho más que una simple banda callejera: Rosado había llevado tras de sí a todos los más violentos, los capaces de todo, los que eran asesinos en potencia.

—Ten cuidado con ellos —avisó Melanie—. Están dispuestos a todo…

—Ya me he dado cuenta. Hay que exterminarles como ratas, si no se entregan. Pero para que Ward no diga, apuraré todos los medios…

Y elevando la voz, añadió:

—¡Escuchad todos! ¡En nombre de la Ley, deponed las armas de inmediato! ¡Os arrestaré y seréis juzgados de forma equitativa! ¡Incluso os prometo no ser demasiado duro con vosotros en mis acusaciones, teniendo en cuenta que Rosado, el que os arrastró a esto, está muerto! ¡Es vuestra última oportunidad de salir bien de ésta!

La respuesta fue un fuego graneado que provocó maullidos metálicos en la vieja y oxidada carrocería. Los pocos vidrios polvorientos que se mantenían milagrosamente en pie en algunas ventanillas del vehículo, se desplomaron bajo las balas.

—No hay remedio —suspiró, volviéndose a Melanie—. Debo hacerlo a mi manera, no me dejan otra alternativa… Si llegaran a herirme, nos rematarían a los dos sin piedad…

Esperó a que disminuyera la descarga enemiga. Luego, asomó rápido por la plataforma, tras arrastrarse hacia ella sin hacer ruido. Vio a dos de los hispanos agazapados tras el tranvía, recargando sus armas. Les encañonó.

—¡Alzad los brazos! —rugió—. ¡Soltad las armas, pronto!

Los dos alzaron la cabeza. Le vieron. Rápidos, movieron sus armas para disparar sobre él, interrumpiendo la labor de reponer la carga. Harris apretó el gatillo dos veces seguidas. Dos poderosas balas alcanzaron a los dos hispanos. Una cabeza voló en pedazos. El otro saltó de costado, con un proyectil en el cuello. Se desplomaron al pie del tranvía, sin vida.

—¡No dispare, no dispare más! —gritó el de dentro, tirando su arma por una ventanilla—. ¡Me rindo, me rindo!

—Bien. Sal de ahí con los brazos bien altos, amigo —avisó Harris duramente—. Si intentas algo, irás a reunirte con tus compañeros…

No intentó nada. Salió como Harris quería. Fue hacia él y le esposó. El joven hispano sollozaba, contemplando aterrado los cuerpos sangrantes de sus camaradas.

—Has tenido suerte —dijo Harris—. Ahora esposaremos a otro compañero que tienes allí afuera. Y os llevaré a comisaria. Vuestro jueguecito ha terminado.

Esposó juntos a los dos pandilleros que aún vivían, soltando luego las ligaduras de Melanie. La joven policía se frotó muñecas y tobillos, mirándole agradecida.

—No sé qué decirte, Dean —murmuró—. Cuentas con toda mi gratitud…

—Bueno, tú hubieras hecho lo mismo por mí —sonrió Harris, encogiéndose de hombros—. Salgamos de aquí. Llamaré a una ambulancia desde el coche, para que evacúen estos cadáveres… Esperemos que ahora haya paz en el distrito, si se confirma que no fue cosa de Spano ni de Boccardo los últimos sucesos delictivos…

Camino de la comisaría, llamó al teniente Gordon Ward para informarle de su éxito en el rescate de la sargento Fisher. Le informaron que las últimas noticias que tenían del teniente Ward era que había localizado una pista de la Mafia en el Bronx que podía significar mucho. Y que había ido a ver a un tal Enrico Reno, de la inmobiliaria Reno.

—Enrico Reno… —meditó Harris, ceñudo, conduciendo el coche patrulla—. Conozco de oídas a ese tipo. Es un traficante de droga en gran escala y tú lo has mencionado como metido en el tráfico de droga en que están involucrados también algunos miembros de la banda de Spano… e incluso en el asesinato de Morales… Creo que el teniente Ward sigue una pista sumamente peligrosa en estos momentos, Melanie… Y me preocupa su salud.

CAPÍTULO VI

El teniente Harris tenía todos los motivos del mundo para preocuparse por la salud de Gordon Ward.

Su situación no podía ser más delicada, mientras en las calles del Bronx caía la lluvia torrencialmente.

Delante de él, había dos pistolas automáticas, provistas de silenciador, encañonándole fijamente. Y tras esas armas pavonadas, silenciosas cuando emitían su mensaje de muerte, se hallaban los duros rostros inexpresivos de dos hombres sumamente peligrosos, dispuestos a todo.

Eran Enrico Reno y Nathan Lo Duca. Tras de Ward, guardando la puerta, se hallaba Sheldon Rosenblatt, el fiel esbirro de Reno, también con un arma silenciada en su mano.

—Bien, teniente —decía con voz apacible Enrico Reno contemplando risueño al policía, desarmado e inmóvil—. De modo que creyó que lo tenía todo ganado, ¿eh? Desenmascara a los auténticos responsables de la violencia callejera en el Bronx, y con ello nos mete a nosotros entre rejas, hunde un negocio de millones de dólares, y de paso se gana la estima y admiración de las bandas juveniles, que pactan una duradera paz en las calles del barrio. Todo ello, mérito personal del teniente Gordon Ward, brillante oficial de la Policía Metropolitana.

—¿Cómo piensa evitar todo eso? ¿Matándome?

—Desde luego, mi querido teniente, desde luego —rió Enrico Reno—. Acabará en el fondo de la bahía, con un buen trozo de cemento unido a sus pies. La gente se preguntará dónde está el bueno del teniente Ward. Y nadie sabrá dar noticias de él. Lamentable, ¿no es cierto? Es lo malo de meter demasiado las narices donde no se debe. Sé que ofrecerle tajada en esto sería

inútil. Gordon Ward tiene fama de íntegro, de honesto. Con usted no vale el soborno, teniente, y es una lástima. No me deja otra alternativa que recurrir al cemento.

—No se saldrá con la suya, Reno. No estoy solo en esta labor.

—Lo sé. La flamante Brigada Especial Urbana, ¿no? No me preocupan en absoluto. Ni el teniente Harris ni la sargento Fisher, si es que la rescatan de quien la tenga ahora secuestrada, no saben nada de sus pesquisas a mi alrededor, Ward. Hizo mal en jugar esta baza en solitario. Nunca saldrá vivo de aquí. Nunca podrá revelar nada a nadie de cuanto me ha dicho y de cuanto ha descubierto aquí en mi ausencia, registrando mis archivos, tarea en la que le sorprendió mi fiel Rosenblatt…

—Déjate de charla, Enrico, y acabemos de una vez —le apremió Lo Duca—. Cuanto antes esté liquidado este polizonte, tanto mejor para nosotros.

—Calma, calma, mi querido amigo. No tenemos prisa. Nadie va a interrumpirnos aquí ahora. El teniente Harris está demasiado ocupado buscando a su compañera. Nadie sabe hasta dónde llegó el teniente Ward en sus pesquisas, después de todo… Ahora resolveremos definitivamente este pequeño problemas. ¿A quién corresponde el honor de enviar al infierno al teniente? ¿A ti o a mí, Nathan?

—Eso me da igual, pero que sea cuanto antes —gruñó Lo Duca.

—De acuerdo. Entonces, disparemos los dos a la vez —sugirió risueño Reno—. Así no se sabrá nunca cuál de ambos acabó con su vida realmente… ¿Qué te parece?

—Perfecto. Acabemos ya.

—Adelante. Contaré hasta tres. Y cuando eso ocurra… dispararemos a dúo. Uno…

Gordon Ward se mantuvo sereno, tranquilo, erguido ante sus verdugos, esperando el fin de la trágica cuenta que iba a acabar con su vida. Las dos armas eran dos negros ojos de acero fijos en él, prestos a vomitar silenciosa muerte.

—Dos —recitó Enrico Reno con parsimoniosa complacencia.

Los dedos se movieron en el gatillo. Ward ni pestañeó. Había jugado y había perdido. Era todo. Así era su oficio. Sólo esperaba que alguna vez pagaran aquellos traficantes de muerte sus delitos.

—Tr… —comenzó Reno con voz fría, definitiva.

No acabó la cuenta. La puerta saltó en mil pedazos al ser derribada tras restallar una detonación que hizo añicos la cerradura. Rosenblatt se revolvió, alzando su pistola. Antes de que pudiera disparar, Melanie Fisher hizo fuego con su reglamentario 38, lanzándole contra una ventana próxima, cuyos vidrios atravesó en medio de un horrible estruendo, yendo a parar a la calle, bajo la lluvia.

Reno y Lo Duca, asustados, no llegaron a disparar sobre el desarmado Gordon Ward, prefiriendo buscar con sus armas a los dos agentes que, provistos de sus revólveres, habían acabado de penetrar en la oficina violentamente.

No tuvieron opción, tampoco. Dean Harris apretó el gatillo de su arma. Alcanzó de lleno a Enrico Reno en el pecho. El mafioso se fue dando volteretas contra la pared, con los pulmones perforados. Lo Duca tiró su pistola, alzando sus brazos hacia el techo, lívido de terror.

—¡No, no tiren! —gritó—. ¡No tiren, ya me entrego!

Harris miró con odio al mafioso. Melanie corrió hasta él, esposándole. Luego, ambos se volvieron hacia Ward.

—¿Estás bien, teniente? —preguntó la joven policía.

—Sí, sargento, gracias —dijo Ward gravemente. Luego sonrió, mirando a ambos, para añadir con sus ojos clavados en Harris—. Veo que, en ocasiones, sus métodos son mucho más eficaces que los míos, teniente…

—Bueno, depende de las circunstancias —rió el joven oficial—. La situación no estaba para dialogar, ¿verdad?

—Verdad —rió también Ward, estrechando la mano de ambos policías—. Y por lo que imagino, tampoco rescataría a la sargento Fisher dialogando…

—Lo intenté, pero fracasé rotundamente —admitió Harris con una sonrisa.

—¿Cómo supieron que estaba aquí?

—Nos informaron sobre la pista que seguía. La sargento también sabía algo al respecto por lo que oyó decir a dos de los pandilleros disidentes de la banda de Spano. Y eso nos trajo aquí tan a tiempo, a la oficina de Reno… por suerte para usted.

Salieron de la oficina llevando consigo al prisionero esposado. Ya rodeaban la zona varios coches patrulla haciendo parpadear sus

luces en la lluviosa noche. Una ambulancia se llevó los cuerpos de Reno y de Rosenblatt, ambos sin vida.

Estaban de regreso hacia la comisaría del Bronx, cuando Harris detuvo el coche patrulla ante otro cerco de luces policiales, en las proximidades de la Bridge Road y el Parque de Bronx. Aun antes de preguntarle al patrullero Conklin, que vino a saludarles respetuosamente, se temían los tres lo que había sucedido.

—¿Qué es lo que ocurre, agente? —indagó Ward.

—Otro crimen de ese loco, señor —informó el patrullero con gesto preocupado—. Esta vez ha sido peor que nunca: una joven colegiala, una chiquilla de dieciséis años que volvía a su casa, tras unas clases nocturnas… La sorprendieron junto al muro del parque, como a algunas otras, teniente. La… la violaron brutalmente. Y luego la degollaron, como a las otras.

—Dios mío —murmuró Melanie, estremeciéndose—. Otra vez ese sádico criminal…

Siguieron su camino, dejando atrás el cerco de coches policiales haciendo destellar luces rojas y azules en la noche. Todo el vecindario se arremolinaba en la zona. Harris contempló a algunos de los vecinos: Barton Shapiro, dueño del supermercado, Elmer Ironside, el propietario del restaurante cercano, Giacomo Rosetti, el de la pizzería inmediata…

—A veces pienso que una de esas personas de apariencia respetable que vemos por aquí cada día… es el monstruo que viola y mata mujeres —dijo sordamente el joven oficial—. Y nadie lo sospecha cuando habla con él día tras día…

—Sí, teniente —afirmó Ward asintiendo con la cabeza—. Yo también he pensado en eso. Y me pregunto qué podríamos hacer de una maldita vez por acabar con su odiosa carrera de crímenes…

* * *

La reunión de bandas fue esta vez todo un éxito. Spano y Boccardo se dieron la mano. Sus seguidores también. Estaba desvelado el misterio. Ni unos ni otros habían sido culpables de las muertes de Robson o Morales ni del incendio de la vivienda de Leonard. La mafia de Reno, con sus trucos, había envenenado el ambiente entre ambos.

La rivalidad seguiría siempre. Pero ambos grupos prometieron

no asaltar más comercios ni cometer más tropelías en el futuro. La tregua se estableció oficialmente desde ese mismo momento.

Sólo una sombra seguía flotando en el Bronx a partir de la noche en que los «Halcones» y los «Black Warriors» sellaron su pacto: el sádico criminal, violador de mujeres solitarias…

Una sombra que era el terror proyectado sobre las calles invernales. Las prostitutas apenas si se atrevían a asomar a la calle. Las empleadas nocturnas o las estudiantes huían presurosas a encerrarse en sus domicilios apenas oscurecido. Pero no todas podían permitirse el lujo de vivir encerradas o de eludir a tiempo la amenaza del monstruo violador y degollador del Bronx neoyorquino.

Por ejemplo, enfermeras de noche, *baby-sitters*, empleados de hogar y otros muchos oficios dependían de horarios rígidos que no podían eludir, a riesgo de quedarse sin trabajo. Por ello mismo, debían de correr el riesgo.

Aquella noche cruda, lluviosa, de agua helada que casi hacía presentir la vecindad de las nieves de diciembre, aunque desprovistas de toda magia navideña, al menos en el entresijo urbano de un barrio como el Bronx, la enfermera que salió del aséptico edificio acristalado del State Hospital de Wards Island, junto al Bronx, se envolvió mejor en su capa, sobre el blanco uniforme y la cofia, que cubrió en parte con la caperuza, echando a andar calle arriba, hacia el breve puente sobre el canal que separaba Wards Island del Bronx. Pasado el puente, enfiló Southern Boulevard, en dirección a Westchester Avenue. Allí tomó un autobús hasta Boston Road, a la altura de Williams Bridge. Descendió, para seguir andando hacia algún punto del barrio donde, sin duda, debía tener su domicilio. Su calzado blanco taconeaba firme el mojado asfalto. El viento húmedo jugueteaba con su capa. Las piernas enfundadas en medias de blanco algodón parecían bien torneadas.

Redujo repentinamente la marcha. Miró atrás, con aire inquieto. Bajo la cofia se veía un tupido flequillo rojo y el brillo de unas gafas de gruesa montura. El cuello subido de su capa ocultaba en parte el resto de su rostro.

Una difusa sombra lejana se dibujó bajo una farola. La enfermera vaciló. Luego apresuró el paso. Tras ella, unos recios

zapatos negros apresuraron asimismo sus pisadas. Las zancadas del hombre se hicieron más largas.

A medida que se aproximaba a la vecindad de las amplias verjas del parque zoológico del Bronx por su lado sur, la enfermera giraba con más frecuencia la cabeza para mirar a través de la cortina de lluvia a la silueta humana que iba tras de sus pasos.

Sus zapatos blancos se hundieron en un charco, salpicándole las medias. La mujer soltó una exclamación de disgusto, agachándose para limpiar de las manchas oscuras sus blancas medias a la altura de la pantorrilla y las rodillas. Ello hizo que su falda remontase un poco las corvas, permitiendo descubrir el inicio de unos firmes y bien dibujados muslos.

Los ojos del hombre que iba en pos de ella se clavaron en esa parte de su anatomía. Sus pisadas seguían siendo firmes, seguras, rápidas. La enfermera, bruscamente, se volvió, espetándole una frase agria:

—¿Qué sucede? ¿Por qué me sigue?

—Lo siento —balbuceó cortés y algo tímido su perseguidor parándose en seco a poca distancia de ella, justo bajo una farola de alumbrado callejero—. No era mi intención seguirla. Y menos aún asustarla, señorita. Simplemente, hacía mi recorrido…

—Oh, perdone, agente —suspiró la enfermera, aún con la cabeza inclinada, limpiando de barro sus medias—. Ni siquiera me di cuenta de que vestía uniforme… Confieso que estoy nerviosa. Esos horribles asesinatos han acabado por desequilibrarme…

—La comprendo muy bien, señorita —sonrió el agente—. Todos estamos nerviosos últimamente en esta zona. Son demasiados hechos de esa naturaleza… Por cierto, ¿vive por aquí? No recuerdo haberla visto antes…

—Oh, sí. Trabajo en el Manhattan State Hospital, en la isla de Wards. Pero me he alojado aquí desde hace unos días, en una pensión de Gun Hill Road…

—Oh, ya veo. ¿Me permite que la acompañe un trecho? —se ofreció el agente con exquisita amabilidad—. Soy Alan Conklin, el encargado de patrullar esta zona. Así se sentirá mejor y más segura, señorita…

—Chambers. Linda Chambers —dijo ella, reanudando su marcha bajo la llovizna.

El patrullero se puso a su lado, siguiendo el mismo camino con sus recias pisadas.

La luz de la farola quedó atrás, como una mancha fantasmal en la noche húmeda y desapacible.

—Ha sido muy amable acompañándome, agente —dijo la enfermera.

—No tiene importancia. Forma parte de mi trabajo. Es agradable acompañar a una joven tan encantadora, por otro lado. No sé por qué, a las mujeres les encanta sentir en noches así la presencia de un uniforme de la policía a su lado. Les da confianza…

—Eso es bien cierto. Da mucha confianza sentirle a usted al lado —asintió la enfermera.

—Lo mismo le sucedió a aquella chica, Amanda Kelly… La camarera, ya sabe. Y a Cheryl Spencer, la jovencita estudiante… Ellas también confiaban en mí, caminaban seguras conmigo al lado…

E inesperadamente, la enfermera se sintió empujada contra el muro de ladrillo inmediato por unas fuertes manos. Alzó el rostro, mirando al policía a través de sus gafas.

Vio las facciones del patrullero Conklin desfiguradas por una expresión de extraña crueldad, de perversión increíble. El siniestro destello de los ojos del policía reflejaba una malignidad profunda, una serie de deseos monstruosos que iban aflorando a la superficie a medida que retenía a la enfermera contra la pared.

—¿Qué significa…? —Trató de hablar ella.

Pero una recia mano se apoyó en su boca, taponándola. El agente se inclinó más hacia ella. Su boca babeaba, su rostro era una máscara de repulsivas pasiones…

—¿No lo entiendes, preciosa? —musitó con voz ronca—. Soy yo… yo… Por eso resulta siempre tan fácil, tan simple… Ellas nunca gritan hasta que es demasiado tarde y no pueden hacerlo… como te ocurre ahora a ti, zorrita de blanco…

Su otra mano le alzó las faldas blancas, mientras el poderoso brazo la retenía contra la pared. Los gruesos dedos del patrullero recorrieron sus muslos, buscando ávidos en su entrepierna.

De pronto, la enfermera disparó una de sus rodillas. Fue un golpe tan rápido como contundente. Un impacto perfecto en las ingles del agresor, que se encogió, con un murmullo de dolor,

retrocediendo un paso. Soltó a la mujer, que pareció a punto de escapar de él.

Conklin se rehízo con pasmosa rapidez. En una de sus manos centelleó la afilada hoja de una navaja de largo acero punzante.

—¡Sucia puta de hospital, te violaré aunque sea muerta! —bramó Conklin rabioso, precipitándose sobre ella.

La enfermera hizo algo inesperado para su agresor. De debajo de su capa extrajo una mano armada con un revólver calibre 38.

—¡Quieto ahí, Conklin, o disparo! —avisó con voz dura.

El policía se paró en seco, vacilante, mirando aturdido el arma de fuego en la mano firme de la enfermera. Luego, rabioso, se dispuso pese a todo a caer sobre ella, enarbolando su navaja.

—¡No te atreverás a manejar ese cacharro, asquerosa ramera! —rugió.

Ella le demostró que estaba en un gran error. Apretó el gatillo. La bala brotó de su 38 con un estampido seco. Se clavó en el pecho del patrullero, que se detuvo bruscamente, con expresión de asombro. Se miró el torso, donde el uniforme azul ofrecía un redondo desgarro. Por él comenzó a brotar sangre.

Sintió luego un extraño fuego en su interior, extendiéndose por todo el pecho. Sus dedos se aflojaron, dejando caer el acero al suelo. Tintineó la navaja sordamente en un charco de lluvia.

Y de los extremos de la calle brotaron otras dos figuras vestidas de azul como él. Ambas lucían revólver en su mano.

—¿Te encuentras bien, Melanie? —preguntó la voz del teniente Dean Harris.

—Sí, Dean, perfectamente —asintió la supuesta enfermera, despojándose de golpe de peluca roja, cofia y gafas, sin soltar su arma humeante—. Es él quien está mal…

Alan Conklin se desplomó de rodillas en el asfalto negro y reluciente por la lluvia. Se apretó con ambas manos el orificio de su pecho, patéticamente casi. Miró a los dos policías y luego a la falsa enfermera.

—Era… una trampa… —balbuceó, asomando burbujas de sangre entre sus labios—. Una mujer… policía…

—Sí, Conklin —asintió ella—. Una trampa. Pero ni siquiera sabíamos qué clase de pieza iba a caer en el cepo. Sospechábamos de algunos comerciantes de esta zona, no de usted… Hasta que no

mencionó a las otras dos chicas, ni siquiera sospeché de usted…

—Te dije que no hicieras esto. Era demasiado arriesgado para ti, por muy policía que seas —dijo Harris acercándose a Melanie Fisher.

—Una policía tiene que hacer lo que sea. Lo importante es que no volverán a violar ni degollar mujeres en el Bronx de ahora en adelante, Dean —miró al policía que caía ahora de bruces en la calzada—. ¿Habéis llamado a la ambulancia?

—Estaba avisada. Supongo que no andará lejos —se escuchó una sirena distante—. ¿Lo ves? Era de suponer que alguien acabaría herido en este juego. Mejor que haya sido él. Y mucho me temo que no sea fácil salvarle la vida. Le diste bien, Melanie.

—Era su vida o la mía, Dean.

—Es cierto —terció Gordon Ward—. A veces, la violencia es inevitable en la vida… Por mucho que me duela reconocerlo, muchachos.

Los tres policías, sorprendidos, volvieron la cabeza hacia diversos puntos de la calle. Por las esquinas iban asomando grupos de hispanos y de negros. Unos llevaban el emblema de los «Halcones» en sus cazadoras. Otros, el de los «Black Warriors»…

—Y vosotros… ¿qué diablos hacéis por aquí? —preguntó Harris, perplejo.

—Vigilar —dijo Máximo Spano adelantándose de uno de los grupos—. Teníamos bajo vigilancia toda la zona estas noches. Sabíamos que, tarde o temprano, el violador asesino volvería a las andadas y queríamos colaborar con la Ley, sin que ello sirva de precedente. No nos gusta que en nuestro barrio violen a las chicas y luego las degüellen, teniente.

—Buenos chicos —aprobó el teniente Ward—. Si hubiéramos fallado nosotros…

—Estábamos alerta —explicó Boccardo saliendo de otro grupo—. Ignorábamos que la enfermera era la sargento Fisher, pero sospechábamos de Conklin. Era un tipo solitario, tímido con las mujeres, ¿sabe? Pero cuando no le veían, las desnudaba con la vista. Una vez quiso abusar de una chica negra amiga mía… Ella me lo confesó el otro día. Y empezamos a sumar dos y dos…

—Fuisteis mejores detectives que nosotros —suspiró Harris—. Ya lo ves, Melanie, tenías la vida bien guardada esta vez sin que lo

sospecharas siquiera…

—Así es, teniente —corroboró Spano, satisfecho—. Después de todo, puesto que estamos en plena tregua, ¿por qué no cooperar todos unidos por el bien del barrio?

—Eso os honra. Y mucho. —Harris tendió su mano a Spano y a Boccardo de forma espontánea—. Siempre sospeché que bajo vuestro aire de fiereza rebelde quedaría algo digno de ser tenido en cuenta. Y vaya si lo hay. Lo que hace falta es que alguien lo encauce, maldita sea. Que el Gobierno, las leyes, la sociedad, sepan daros el lugar que merecéis todos en la vida.

—No digo yo que seamos santos, ni mucho menos —rió Boccardo—. Pero la gente nos ha vuelto peor de lo que somos, de eso no hay duda. La verdad, creo que con muchos tipos como ustedes tres, las cosas en el mundo irían mucho mejor. Y ahora, buenas noches. No digan nada de esto a nadie, no vayan a pensar que nos hemos vuelto hermanitas de la caridad, teniente.

Se alejaron paulatinamente a través de la lluvia y de la oscuridad. Los tres agentes permanecieron allí, al resplandor espectral de la distante farola. Una ambulancia se llevó a Alan Conklin, moribundo.

—Bueno… —suspiró el teniente Ward—. Creo que, de momento, hemos logrado lo que tanto parecía costar: pacificar este barrio, al menos por un tiempo.

—Así es —convino Dean Harris quitándose sus negras gafas que reflejaban la luz callejera como dos espejos ovalados de color oscuro—. ¿Qué tal si, para celebrarlo, nos fuésemos a cualquier sitio a comer algo y regarlo con champaña? Se puede decir que, desde este momento, estamos libres de servicio al menos por unas horas…

—No es ninguna mala idea —aprobó Gordon Ward, risueño—. Vamos allá. ¿Quién elige el sitio?

—Yo —terció Melanie—. Sé de un restaurante que está abierto toda la noche y donde se comen unos menús deliciosos que…

Los tres compañeros iniciaron su marcha hacia el lugar elegido por Melanie Fisher. Ella, bajo su disfraz de enfermera, tomó a ambos tenientes por el brazo, echando a andar alegremente, tranquilos y satisfechos por primera vez en bastante tiempo.

Alrededor de ellos, algo insólito estaba sucediendo: el Bronx dormía tranquilo en la noche lluviosa. Y eso era algo que sucedía

con frecuencia en aquella zona de la ciudad…

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/